

UNA INVERNADA ENTRE LOS HIELOS

JULIO VERNE

NOVELA CORTA



Digitalizado por 

http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
LA BANDERA NEGRA

El día 12 de mayo de 18... despertóse el cura de la vieja iglesia de Dunkerque a las cinco de la madruga e inmediatamente abandonó el lecho para decir, según su costumbre, la primera misa rezada, a la que asistían algunos piadosos pecadores.

Revestido con los hábitos sacerdotales, iba a dirigirse al altar cuando entró en la sacristía un hombre, alegre y despavorido al mismo tiempo. Era un marinero de unos sesenta años de edad, pero vigoroso y fuerte todavía, de aspecto bondadoso.

-¡Señor cura, señor cura! -exclamó-. ¡Deténgase, haga el favor!

-¿Qué le ocurre tan temprano, Juan Cornbutte? -replicó el cura.

-¿Qué me ocurre? Que tengo un deseo loco de abrazarlo, quiera usted o no.

-Pues bien, después de la misa a que va a asistir...

-¡La misa! -respondió, riéndose, el viejo marino-. Pero ¿cree usted que yo voy a permitirle que diga ahora misa?

-¿Y por qué no he de decir misa? Explíquese. Ya se ha dado el tercer toque de campana.

-Que se haya dado o no el tercer toque poco importa -replicó Juan Cornbutte-. Otros toques de campanas sonarán hoy, señor cura, porque usted me ha prometido bendecir con sus propias manos el matrimonio de mi hijo Luis y de mi sobrina María.

-Luego, ¿ha llegado? -interrogó alegremente el cura.

-No tardará mucho -contestó Cornbutte, frotándose las manos-, porque el vigía ha señalado, al salir el sol, nuestro bergantín, el que usted bautizó imponiéndole el bonito nombre de La Joven Audaz.

-Le felicito con todo mi corazón, amigo Cornbutte -dijo el cura, despojándose de la casulla y de la estola-. Recuerdo nuestro convenio. El señor vicario me va a reemplazar y estaré a la disposición de usted para la llegada de su querido hijo.

-Le prometo que no le tendrá a usted en ayunas demasiado tiempo -respondió el marinero-. Como usted mismo ha publicado ya las amonestaciones, sólo necesitará absolverlo de los pecados que haya podido cometer entre el agua y el celo en los mares del Norte. ¡Ha sido una hermosa idea la que se me ha ocurrido, al disponer que la boda se celebre el mismo día de la llegada de mi hijo Luis, quien, al salir del bergantín, se dirigirá a la iglesia!

-Vaya, entonces, a disponerlo todo, Cornbutte.

-Voy corriendo, señor cura. ¡Hasta muy pronto!

El marinero volvió apresuradamente a su casa, situada en el muelle del puerto mercante, desde la que se veía el mar del Norte, cosa de la que está Cornbutte muy ufano.

Juan Cornbutte había hecho alguna fortuna con su profesión. Después de haber mandado durante largo tiempo los navíos de un rico armador de El Havre, fijó su residencia en su ciudad natal e hizo construir por su cuenta el bergantín La Joven Audaz.

En este barco hizo varios viajes al Norte, y en todos ellos tuvo la suerte de vender a buen precio sus cargamentos de madera, de hierro y alquitrán. Después cedió el mando a su hijo Luis, bravo mozo de treinta años de edad, que, según la opinión de los capitanes de cabotaje, era el marinero más valiente de Dunkerque.

Luis Cornbutte había partido, profundamente enamorado de María, la sobrina de sus padre, a quien parecían muy largos los días de ausencia.

María, que apenas tenía veinte años de edad, era una hermosa flamenca, por cuyas venas corrían algunas gotas de sangre holandesa. Su madre, al morir, la había confiado a su hermano Juan Cornbutte, y este bravo marino, que la amaba como si fuera su hija propia, veía en el proyectado matrimonio un manantial de verdadera y durable felicidad.

La llegada del bergantín, señalado en alta mar, ponía término a una importante operación comercial, que debía producir a Juan Cornbutte gran provecho. La Joven Audaz, que había partido tres meses antes, volvía de Bodö, último puerto que había tocado, en la costa occidental de Noruega, habiendo hecho rápidamente su viaje.

Al regresar Juan Cornbutte a su casa, la encontró toda revuelta.

María, radiante de júbilo, poníase a la sazón su traje de boda.

-¡Con tal que el bergantín no llegue antes que nosotros...! -decía.

-¡Apresúrate, hija mía -respondió Juan Cornbutte-, porque los vientos vienen del Norte y La Joven Audaz corre mucho cuando navega a todo trapo!

-Tío, ¿están prevenidos nuestros amigos? -preguntó María.

-Sí, ya están prevenidos.

-¿Y el notario y el cura?

-Estate tranquila. ¡Sólo a ti tendremos que esperar!

En aquel momento entró el compadre Clerbaut, diciendo:

-¡Ésta sí que es gran suerte, amigo Cornbutte! Tu navío llega precisamente en la época en que el Gobierno acaba de sacar a subasta grandes suministros de madera para la Marina.

-¿Qué me importa eso a mí? -respondió Juan Cornbutte-. Ahora no se trata del Gobierno.

-Efectivamente, señor Clerbaut -agregó María-, en este momento sólo nos preocupa una cosa: el regreso de Luis.

-No lo pongo en duda -respondió el compadre-; pero, en fin, esos suministros... -Usted asistirá a la boda -dijo Juan Cornbutte interrumpiendo al negociante, a quien estrechó la mano de tal manera, que estuvo a punto de partírsela.

-Esos suministros de madera...

-Usted vendrá con todos nuestros amigos de mar y tierra, Clerbaut. Todos están prevenidos, y sólo me falta invitar a la tripulación del bergantín.

-¿Iremos a esperarle al malecón? -preguntó María.

-¡Naturalmente! -respondió Juan Cornbutte-. Desfilaremos de dos en dos, con los violines en cabeza.

Los invitados de Juan Cornbutte no se hicieron esperar, sin que faltara ninguno de ellos a pesar de ser tan temprano, y todos, conforme iban llegando, se apresuraron a felicitar al bravo marino, a quien profesaban tanto cariño como respeto.

Mientras tanto, María, arrodillada, daba gracias a Dios por el feliz regreso de su prometido; pero esta piadosa ocupación no la entretuvo mucho tiempo, porque no tardó en presentarse, hermosa y engalanada, en la sala común, donde fue besuqueada por todas las comadres y saludada con un vigoroso apretón de manos de todos los hombres allí reunidos.

Juan Cornbutte dio la señal de partida, y el alegre cortejo nupcial se puso en marcha con dirección al mar, precisamente en el momento de salir el sol.

Como la noticia de la llegada del bergantín había circulado en el puerto, fueron muchas las cabezas que, tocadas aún con gorros de dormir, aparecieron en las ventanas y en las puertas entreabiertas de las casas, de cada una de las cuales salía un cumplimiento, un saludo o una frase lisonjera.

El cortejo nupcial llegó al malecón en medio de un concierto de alabanzas y bendiciones, y, como si el sol quisiera tomar parte en la fiesta, brillaba en el espacio con todo su esplendor.

El tiempo era magnífico. Un agradable viento del Norte rizaba las olas espumosas, y algunas barcas pesqueras surcaban la superficie líquida dejando tras de sí su rápida estela.

Las dos escolleras de Dunkerque, que prolongan el muelle del puerto, avanzan mucho, mar adentro, y el cortejo nupcial ocupaba toda la anchura de una de ellas, la del Norte, hasta una pequeña casa situada en su extremo, donde velaba el capitán del puerto.

El bergantín de Juan Cornbutte era, a cada momento que transcurría, más visible, porque el viento arreciaba y La joven Audaz corría impulsado por las velas de todos sus palos. Indudablemente, a bordo debía de reinar la misma alegría que en tierra.

Juan Cornbutte, con un anteojo de larga vista en la mano, respondía a todas las preguntas de sus amigos.

-¡He ahí mi hermoso bergantín -exclamaba-, limpio y bien aparejado como si acabara de ser botado al agua! ¡Sin una avería! ¡Sin una sola cuerda de menos!

-¿Ve usted a su hijo, el capitán? -le preguntaron.

-No; todavía no. ¡Ah! Estará, sin duda, haciendo alguna faena.

-¿Por qué no iza su bandera? -preguntó Clerbaut.

-No lo sé, querido amigo; pero seguramente tendrá algún motivo para ello.

-Déme su anteojo, querido tío -dijo María arrebatando a su futuro suegro de las
manos el instrumento-. ¡Quiero verlo antes que nadie!

-¡Es mi hijo, muchacha!

-Cierto; pero hace treinta años que es su hijo, y sólo hace dos que es mi novio -respondió, riéndose la joven.

La Joven Audaz veíase ya claramente. La tripulación hacía ya los preparativos necesarios para atracar, las velas altas habían sido recogidas, y podía reconocerse a los marineros que maniobraban, pero ni María ni Juan Cornbutte habían podido aún saludar con la mano al capitán del bergantín.

-¡Voto al chápiro! -exclamó Clerbaut-. ¡Aquél es el segundo, Andrés Vasling!

-¡Y aquel otro es Fidel Misonne, el carpintero! -dijo otro de los que estaban en el muelle.

-¡Y nuestro amigo Penellán! -agregó un tercero, haciendo señas al marinero a quien acababa de nombrar.

La Joven Audaz sólo se encontraba a tres cables de distancia del puerto, cuando apareció una bandera negra en el pico de la vela cangreja... ¡Había duelo a bordo!

Todos los ánimos se sobrecogieron de terror, y especialmente la novia.

El bergantín llegaba con tristeza al puerto, y un silencio glacial reinaba en su puente. Tan pronto como el barco hubo rebasado el extremo del malecón, María, Juan Cornbutte y todos los amigos se precipitaron hacia el muelle en que iba a atracar, y, en un instante, se encontraron todos a bordo.

-¡Mi hijo! -exclamó Juan Cornbutte, que no pudo articular más palabras.

Los marineros del bergantín, con la cabeza descubierta, le mostraron la bandera negra.

María exhaló un grito de angustia y cayó en los brazos del viejo Cornbutte.

Andrés Vasling había traído al puerto a La Joven Audaz; pero Luis Cornbutte, el novio de María, no estaba a bordo.

CAPÍTULO II
EL PROYECTO DE JUAN CORNBUTTE

INMEDIATAMENTE después que la joven, confiada a los cuidados de amigos caritativos, fue sacada del bergantín, el segundo de a bordo, Andrés Vasling, refirió a Juan Cornbutte el horroroso acontecimiento que le privaba de volver a ver a su hijo.

Este suceso infausto estaba consignado en el diario de a bordo en los siguientes términos:

«Encontrándose el navío el 26 de abril, a la altura del Maelstrom, al pairo a causa del borrascoso temporal reinante y de los vientos del Sudoeste, distinguiéronse las señales que en demanda de socorro hacía una goleta a sotavento.

»Esta goleta, desprovista de su trinquete, corría hacia el remolino con las velas recogidas, y, viendo el capitán Luis Cornbutte que la pérdida del barco era inminente, resolvió ir a bordo para prestarle auxilio, a pesar de las observaciones que le hicieron los hombres de la tripulación.

»Mandó echar la chalupa al mar y se embarcó en ella con el marinero Cortrois y el timonel Pedro Nouquet. La tripulación los siguió con la vista hasta el momento en que desaparecieron envueltos en la bruma.

»Llegó la noche, el estado del mar empeoraba más a cada momento que transcurría y como La Joven Audaz, atraída por las violentas corrientes que hay en aquellos parajes, corría el riesgo de ser engullida por la vorágine del Maelstrom, tuvo que huir viento en popa.

»Durante algunos días recorrió inútilmente el lugar del siniestro: la chalupa del bergantín, la goleta, el capitán Luis Cornbutte y los dos marineros no volvieron a aparecer.

»Andrés Vasling reunió entonces a la tripulación, tomó el mando del navío e hizo vela hacia Dunkerque.»

Juan Cornbutte, después de haber leído este relato, tan escueto como el del suceso más sencillo de a bordo, lloró durante largo rato, sin que sirviera de lenitivo a su dolor otra cosa que la satisfacción de que su hijo hubiera hallado la muerte por socorrer a sus semejantes.

Después el infortunado padre salió del bergantín, cuya vista le mortificaba, y regresó a su casa abismado en profundo desconsuelo.

La triste noticia de la desaparición del capitán y de dos marineros de La Joven Audaz se supo pronto en todo Dunkerque, y los amigos del viejo

marino Juan Cornbutte se apresuraron a testimoniarle su sentimiento.

Los tripulantes del bergantín refirieron más tarde todos los detalles del desgraciado acontecimiento, y Andrés Vasling explicó a María todas las circunstancias que habían concurrido en el acto de heroísmo realizado por su infeliz novio.

Juan Cornbutte, después de haber llorado amargamente, reflexionó con detenimiento, y el resultado de estas reflexiones fue que, cuando al día siguiente de su llegada lo visitó Andrés Vasling, se apresuró a preguntarle:

-¿Tiene completa seguridad de que mi hijo ha muerto?

-¡Ay! Desgraciadamente, sí, señor Juan -respondió el interpelado.

-¿Se hizo todo lo necesario para volver a encontrarlo?

-Se hizo absolutamente todo lo que se podía hacer, señor Cornbutte; pero, por desgracia, no nos cabe la menor duda de que los dos marineros y él fueron engullidos por la vorágines del Maelstrom.

-Andrés, ¿le interesa continuar siendo el segundo del bergantín?

-Eso depende de quién sea el capitán, señor Cornbutte.

-El capitán seré yo, Andrés -dijo el viejo marino-. Voy a proceder inmediatamente a la descarga de mi barco, y, luego, organizaré la tripulación y saldré a buscar a mi hijo.

-Su hijo ha muerto -insistió Andrés Vasling.

-Sí, es posible, Andrés -repuso Juan Cornbutte-; pero, como también es probable que esté vivo, quiero registrar todos los puertos de Noruega a que haya podido ser impulsado, para ver si lo encuentro. Cuando adquiera la convicción de que no he de volver a verlo, vendré a morir aquí.

Andrés Vasling, comprendiendo que no haría desistir de su propósito al viejo, se retiró sin insistir.

Juan Cornbutte se apresuró a notificar su proyecto a su sobrina, quien vio brillar entre sus lágrimas un destello de esperanza. A la joven no se le había ocurrido poner en duda la muerte de su amado; pero, apenas entrevió la probabilidad de que se hubiera salvado, se aferró a esta esperanza, abandonándose a ella por completo.

Como La Joven Audaz era un bergantín sólidamente construido y no había necesidad de hacerle reparaciones por no haber sufrido avería alguna, Juan Cornbutte decidió emprender inmediatamente el viaje, a cuyo efecto hizo publicar que, si a sus marineros les interesaba volver a embarcarse, la tripulación no sufriría otra modificación que la de encargarse él del mando del buque en sustitución de su hijo.

Como era de esperar, ninguno de los compañeros de Luis Cornbutte faltó al llamamiento, y entre ellos los había muy valientes. Alain Turquiette, el carpintero Fidel Misonne, el bretón Penellán, que reemplazó a Pedro Nouquet en las funciones de timonel de La Joven Audaz, y los bravos y

experimentados marinos Grandlin, Aupic y Gervique, todos se apresuraron a ponerse a las órdenes del nuevo capitán.

El único que vaciló durante algún tiempo fue Andrés Vasling, quien, al proponerle de nuevo Juan Cornbutte que recobrara su puesto, opuso algunas dificultades y pidió que se le permitiera reflexionar antes de decidirse.

El segundo del bergantín era un marino inteligente y que maniobraba con mucha habilidad, como lo había demostrado conduciendo a La Joven Audaz a buen puerto, después de la muerte del capitán Luis.

-Como guste, Andrés Vasling -respondió Juan Cornbutte, algo sorprendido de las vacilaciones del segundo-. No olvide que, si al fin acepta, será muy bien acogido por todos nosotros.

El viejo marino contaba para todo con el bretón Penellán, persona que le era completamente adicta y que durante mucho tiempo había sido su compañero de viajes. Antiguamente, cuando el timonel estaba en tierra, María, siendo niña, había pasado muchas horas en sus brazos, durante las largas veladas de invierno. Por eso, sin duda, le profesaba gran cariño paternal, al que la joven correspondía con acendrado afecto de hija.

Penellán pues, activó cuanto le fue posible el armamento del bergantín, para que pudiera emprender el viaje cuanto antes, especialmente por la creencia en que el timonel estaba de que Andrés Vasling no había hecho todas las investigaciones que debió hacer para encontrar a los náufragos, aunque lo excusaba la responsabilidad que, como capitán, pesaba sobre él.

Antes de que hubieran transcurrido ocho días, La Joven Audaz encontrábase ya dispuesta para hacerse a la vela; pero, esta vez, en lugar de mercancías, fue abastecida de carnes saladas, galletas, barriles de harina, patatas, tocino, vino, aguardiente, café, tabaco y de todas aquellas cosas que se consideran necesarias para emprender un viaje de ilimitada duración.

Al fin se decidió emprender la marcha el día 22 de mayo, y la víspera, por la tarde, Andrés Vasling, que no había respondido aún a la proposición que le había hecho Juan Cornbutte, se presentó en casa de éste.

Todavía estaba indeciso y no sabía qué partido adoptar.

Aunque la puerta de la casa de Juan Cornbutte estaba abierta, el viejo marinero no se encontraba allí; pero Andrés Vasling no se detuvo, sino que, por lo contrario, se encaminó directamente a la sala común, que, por cierto, comunicaba con el aposento de María.

A los oídos de Vasling llegó el rumor de una conversación muy animada, sostenida en la habitación de la joven. Prestó atención y reconoció las voces de Penellán y de María.

Debía de hacer ya largo rato que duraba la discusión, porque la joven parecía oponer gran firmeza a las observaciones del marino bretón.

-¿Qué edad tiene mi tío Juan Cornbutte? -preguntaba María.

-Unos sesenta años -respondía Penellán.

-Pues bien, ¿no va a afrontar toda clase de peligros por encontrar a su hijo?

-Nuestro capitán está muy fuerte todavía -replicaba el marinero-. Tiene cuerpo de roble y músculos de acero, y nada de extraño es que vuelva de nuevo al mar.

-Mi buen Penellán -repuso María-, se es muy fuerte cuando se ama. Además, tengo mucha confianza en Dios y no dudo que me prestará ayuda. Usted me comprende y también me ayudará.

-No -protestaba Penellán-; es imposible, María. ¡Quién sabe adónde iremos y qué peligros tendremos que afrontar! ¡He visto a muchos hombres vigorosos dejar su vida en los mares!

-Penellán -rearguyó la joven-, no desistiré de ningún modo, y, si usted me contraría, creeré que ya no me ama.

Andrés Vasling comprendió, por lo que acababa de oír, cuál era el propósito de la joven; reflexionó un momento y adoptó su partido.

-Juan Cornbutte -dijo, avanzando hacia el viejo marino, que entró entonces-. Voy con usted. Las causas que me impedían embarcar han desaparecido y puede usted contar conmigo en absoluto.

-Jamás lo puse en duda, Andrés Vasling -respondió Juan Cornbutte, estrechándole la mano-. ¡María, hija mía! -dijo luego con voz alta.

María y Penellán acudieron inmediatamente.

-Aparejaremos mañana, al despuntar el día, cuando descienda la marea -dijo el viejo marino-. ¡Mi pobre María, ésta es la última noche que pasaremos juntos!

-¡Querido tío! -exclamó la joven, cayendo en los brazos de Juan Cornbutte.

-¡María, con la ayuda de Dios te traeré a tu prometido!

-Sí, traeremos a Luis -agregó Andrés Vasling.

-Entonces, ¿es usted de los nuestros? -preguntó vivamente Penellán.

-Sí, Penellán; Andrés Vasling será mi segundo -respondió Juan Cornbutte.

-¡Oh! ¡Oh! -exclamó el bretón de un modo singular.

-Sus consejos nos serán muy útiles, porque es hábil y emprendedor.

-Es usted, capitán, quien nos enseñará a todos -repuso Andrés Vasling-, porque todavía tiene usted tanto vigor como sabiduría.

-Bien, amigos míos, hasta mañana. ¡Hasta la vista, Andrés! ¡Hasta la vista, Penellán!

El segundo y el marinero salieron juntos, quedándose María y Juan Cornbutte frente a frente. ¡Cuántas lágrimas derramaron ambos durante aquella triste noche!

Juan Cornbutte, al ver tan desolada a María, resolvió separarse de ella bruscamente, abandonando la casa por la mañana sin prevenirla.

Con este propósito, diole aquella noche su último beso, y a las tres de la madrugada abandonó el lecho.

Esta partida del bergantín había llevado al muelle a todos los amigos del viejo marino. El cura, que debía consagrar la unión de María y de Luis, acudió también a bendecir nuevamente el barco. Se cambiaron en silencio fuertes apretones de manos, y Juan Cornbutte subió a bordo.

La tripulación estaba en su puesto; Andrés Vasling dio las últimas órdenes; se largaron las velas, y el bergantín se alejó rápidamente, impulsado por una buena brisa Nordeste, mientras que el cura, de pie en medio de los espectadores arrodillados, confiaba el buque a la protección de Dios.

¿Adónde va ese bergantín? ¿Sigue el rumbo peligroso en que perecieron tantos náufragos? ¡No tiene destino cierto! ¡Debe arrostrar todos los peligros y saberlos dominar sin vacilación! ¡Sólo Dios sabe el lugar en que podrá abordar! ¡Que la Providencia le guíe!

CAPÍTULO III
DESTELLO DE ESPERANZA

Como la época en que el bergantín emprendió el viaje era la estación más favorable para navegar, la tripulación iba confiada en llegar pronto al lugar del naufragio.

El plan de Juan Cornbutte estaba, naturalmente, trazado. Confiaba arribar a las islas Feróe, adonde el viento del Norte podía haber impelido a los náufragos, y, si adquiría la certidumbre de que no habían sido recogidos en puerto alguno de aquellos parajes, llevaría sus investigaciones más allá del mar del Norte, y registraría toda la costa occidental de Noruega, hasta Bodö, que era el lugar más próximo al naufragio, y, si era preciso, iría más lejos aún.

Andrés Vasling creía, por el contrario, que debían explorarse las costas de Islandia; pero Penellán le recordó que, cuando ocurrió la catástrofe, venía del Oeste la borrasca, lo que, además de dar la esperanza de que los desgraciados no hubieran sido arrastrados hacia la vorágine del Maelstrom, permitía suponer que hubieran sido arrojados a la costa de Noruega.

Y se resolvió, al fin, seguir el litoral todo lo más cerca posible para reconocer, si los había, los vestigios de su paso.

Estaba Juan Cornbutte, al día siguiente de la partida, abismado en profundas reflexiones, con la cabeza inclinada sobre un mapa, cuando advirtió que se apoyaba en su espalda una manecita, al mismo tiempo que una voz dulce le decía a su oído:

-¡Tenga mucho ánimo, querido tío!

El viejo marino volviose inmediatamente y quedose estupefacto al ver a María que le rodeaba el cuerpo con los brazos.

-¡María! ¡Mi hija a bordo! -exclamó.

-Bien puede la mujer ir a buscar a su marido, cuando el padre se embarca para salvar a su hijo.

-¡Desgraciada! ¿Cómo es posible que puedas soportar nuestras fatigas? ¿Sabes que tu presencia puede dificultar nuestras exploraciones?

-No las entorpecerá, querido tío, porque soy fuerte.

-¡Quién sabe adónde seremos arrastrados, María! Mira este mapa. Nos acercamos a parajes que son muy peligrosos hasta para los marinos endurecidos en las fatigas del mar. ¿Qué va a ser de ti, débil criatura?

-Pero, querido tío, tenga en cuenta que pertenezco a una familia de marinos, qué estoy acostumbrada a oír relatos de luchas y tempestades, y que estoy al lado de usted y de mi viejo amigo Penellán.

-¡Penellán! Él es quien te ha ocultado a bordo.

-Sí, querido tío, pero solamente lo ha hecho cuando se convenció de que yo estaba dispuesta a pasarme sin su ayuda.

-¡Penellán! -gritó Juan Cornbutte. El bretón acudió en seguida. -Penellán, es imposible deshacer lo hecho; pero no olvides que eres responsable de la vida de María.

-Esté usted tranquilo, capitán-dijo el marinero-. La muchacha es fuerte y valerosa y será nuestro ángel guardián. Y, además, mi capitán, ya conoce usted mi opinión: cuanto en el mundo ocurre es lo mejor que puede ocurrir.

La joven se instaló en un camarote que la tripulación dispuso inmediatamente para ella, esforzándose por hacerlo lo más cómodo posible.

Ocho días después, llegó La Joven Audaz a las islas Feröe, donde se hicieron minuciosas investigaciones que resultaron inútiles. En aquella costa no sólo no había sido recogido ningún náufrago ni se había visto resto alguno de buque, sino que hasta la noticia del suceso era completamente desconocida.

En consecuencia, el 10 de junio prosiguió su viaje el bergantín, después de haber permanecido diez días en la citada costa.

Como el estado de la mar era bueno y el viento firme, La Joven Audaz fue rápidamente impelida a las costas de Noruega, donde se hicieron exploraciones, que también resultaron infructuosas.

En vista de ello, resolvió Juan Cornbutte dirigirse a Bodö, donde esperaba, por lo menos, averiguar el nombre del buque naufragado, en cuyo auxilio habían acudido el capitán Luis y sus dos marineros.

Efectivamente, el bergantín ancló el 30 de junio en dicho puerto, donde las autoridades entregaron a Juan Cornbutte una botella recogida en aquella costa.

Dentro de esta botella fue hallado un documento, redactado del modo siguiente:

«Hoy, 26 de abril, a bordo del Frooern, después de haber sido alcanzados por una chalupa de La joven Audaz, somos arrastrados por las corrientes hacia los hielos. ¡Que Dios se apiade de nosotros!».

Leído el documento, Juan Cornbutte cayó de rodillas para dar las gracias a Dios, que lo había puesto en camino de encontrar a su hijo.

El Frooern era una goleta noruega, de la que no se tenían ya noticias y que evidentemente había sido arrastrada hacia el Norte.

Era necesario apresurarse, por lo que, hechos los preparativos necesarios, La Joven Audaz quedó pronto en disposición de arrostrar los innumerables peligros que los mares polares ofrecen. El carpintero Fidel Misonne examinó escrupulosa y detenidamente el bergantín, para asegurarse de que estaba sólidamente construido y podía resistir el choque de las masas de hielo.

Penellán, que había sido pescador de ballenas en los mares árticos, se cuidó de la provisión de mantas de lana, ropas forradas de pieles, zapatillas de piel de foca y la madera necesaria para construir trineos cuando hubiera que correr sobre las llanuras de hielo.

Además, para el caso de que hubiese necesidad de invernar en algún punto de la costa groenlandesa, se adquirieron grandes cantidades de alcohol y de hulla; se consiguió reunir, a costa de grandes esfuerzos, cierta cantidad de limones para evitar y curar el escorbuto, esa terrible enfermedad que suele diezmar las tripulaciones en las regiones glaciales, y se aumentaron en tal proporción las provisiones de carnes saladas, galletas y aguardiente, que, llena completamente la despensa, ocuparon parte de la bodega, donde también se guardó mucho penmican, preparación india que contiene muchos alimentos nutritivos concentrados en poco volumen.

No se olvidó Juan Cornbutte de proveer a La Joven Audaz de sierras para cortar el hielo, y de picos y cuñas para separar los trozos, reservándose

el cuidado de adquirir en la costa de Groenlandia los perros que se necesitarían para arrastrar los trineos.

La tripulación desplegó gran actividad en hacer todos estos preparativos, al mismo tiempo que seguían escrupulosamente los consejos de Penellán, quien los decidió a no usar ropa de lana, a pesar de que la temperatura era muy baja en aquellas latitudes situadas más allá del círculo polar.

Pero el timonel no se limitaba a dar consejos, sino que, además, observaba muy atentamente los actos más insignificantes de Andrés Vasling, holandés que, aunque era excelente marino y había hecho ya dos viajes a bordo de La Joven Audaz, no se sabía de dónde había venido. En realidad, no podía censurársele nada, a no ser lo solícito que se mostraba con la joven María; pero, esto no obstante, Penellán lo vigilaba muy de cerca.

Con tanta actividad trabajó la tripulación, que el 16 de julio, quince días después de haber llegado a Bodó, el bergantín estaba armado y en disposición de emprender el viaje, precisamente en la época favorable para intentar hacer exploraciones en los mares polares.

Hacía dos meses que había empezado el deshielo, y Juan Cornbutte podía llevar las investigaciones más allá.

La Joven Audaz, pues, aparejó y emprendió la marcha hacia el cabo Brewster, que se encuentra en la costa oriental de Groenlandia, a los sesenta grados de latitud.

CAPÍTULO IV
EN LOS PASOS

Hacia el 23 de julio divisóse en la lejanía, por encima del mar, un reflejo que anunció los primeros bancos de hielo, que salían entonces del estrecho de Davis para precipitarse en el océano. En seguida se recomendó a los vigías que no descuidasen un solo momento la vigilancia, para evitar que el bergantín chocara con alguna de aquellas enormes masas.

A este efecto, se dividió la tripulación en dos cuartos, el primero de los cuales estaba compuesto por Fidel Misonne, Grandlin y Gervique, y el segundo por Andrés Vasling, Aupic y Penellán; pero, como en aquellas frías regiones las fuerzas del hombre disminuyen tanto que casi quedan reducidas a la mitad, estos cuartos sólo debían durar dos horas cada uno.

El termómetro señalaba ya nueve grados centígrados bajo cero, aunque La Joven Audaz no estaba aún sino a los sesenta y tres grados de latitud.

Llovía y nevaba copiosamente con frecuencia; pero, cuando el horizonte se despejaba y el viento no soplaba con mucha violencia, María subía al puente y su vista iba, poco a poco, familiarizándose con las rudas escenas de los mares polares.

El 1° de agosto fue un día claro, en el que ni una sola nube empañaba el azul purísimo del cielo, y la joven, que había abandonado su camarote, empezó a pasear a popa del bergantín, entablando conversación con su tío, con Andrés Vasling y con Penellán.

La Joven Audaz acababa de entrar en un paso de tres millas de anchura, por el que descendían rápidamente hacia el Sur innumerables grupos de carámbanos despedazados.

-¿Cuándo veremos tierra? -inquirió la joven.

-Dentro de tres o cuatro días, a lo sumo -respondió Juan Cornbutte.

-¿Y encontraremos nuevos indicios de mi pobre Luis?

-Quizá los encontremos, hija mía; pero temo mucho que estemos todavía muy lejos del término de nuestro viaje. Es muy probable que el Frooern haya sido arrastrado más al Norte.

-Seguramente lo ha sido -agregó Andrés Vasling-, porque la borrasca que nos alejó del buque noruego duró tres días, y en ese tiempo corre mucho un barco cuando está tan desamparado que no puede resistir el viento.

-Permítame que le diga, señor Vasling -objetó Penellán-, que como eso ocurrió en el mes de abril, cuando todavía no había empezado el deshielo, el Frooern debió de quedar pronto detenido por los carámbanos.

-Y seguramente hecho añicos -replicó el segundo-, porque la tripulación no podía maniobrar.

-Pero las llanuras de hielo -dijo Penellán- le facilitaban el acceso a la tierra, de la que no podía estar muy lejos.

-Esperemos -dijo Juan Cornbutte para poner término a la discusión que el segundo y el timonel renovaban diariamente-. Creo que pronto veremos tierra.

-¡Allí está! -exclamó María. Miren las montañas.

-No, hija mía-dijo Juan Cornbutte-, no son montañas de tierra, sino de hielo, las que tú ves. Son las primeras que encontramos, y nos triturarían como vidrio si tuviéramos la desgracia de que nos cogieran. ¡Penellán! ¡Vasling! Cuiden ustedes de la maniobra.

Poco a poco fueron acercándose al bergantín aquellas enormes masas flotantes, de las que aparecían en aquel momento en el horizonte más de cincuenta. Penellán agarró el timón y Juan Cornbutte, que subió a los baos del juanete de proa, indicó la dirección que se debía seguir.

Por la tarde, el bergantín estaba completamente rodeado de escollos movedizos de irresistible potencia destructora. Tratábase, a la sazón, de atravesar por entre aquella serie de montañas, porque la prudencia aconsejaba caminar hacia delante. Pero no era ésta la única dificultad con que se tropezaba entonces, porque, además, había que luchar con la que oponía la imposibilidad de reconocer la dirección del bergantín, pues, como todos los puntos circundantes no cesaban de variar de dirección, se carecía de perspectiva estable.

A estas dificultades vino a sumarse la oscuridad que aumentó pronto con la niebla.

María bajó a su camarote, y los ocho hombres de la tripulación, cumpliendo la orden dada por el capitán, quedaron sobre el puente. Todos estaban armados con largos bicheros guarnecidos con puntas de hierro para apartar las masas de hielo y evitar que el barco chocara con ellas.

La Joven Audaz entró en un canal tan angosto, que las montañas que marchaban a la deriva rozaban a veces los extremos de las vergas, por lo que era necesario recoger los botalones rastreros y se hizo preciso orientar la verga mayor hasta tocar con los obenques.

Afortunadamente la maniobra no hizo perder velocidad al bergantín, porque el viento sólo podía hacer presa en las velas superiores, y éstas bastaron para impelerlo con rapidez.

Merced a las condiciones de su casco, penetró el bergantín en aquellos valles llenos de torbellinos de lluvia, mientras que los carámbanos chocaban unos contra otros produciendo crujidos siniestros.

Juan Cornbutte volvió a bajar al puente; pero su vista no logró penetrar las tinieblas en que estaba envuelto el bergantín.

Como éste corría el riesgo de tocar el fondo, en cuyo caso se habría perdido, se cargaron las velas altas.

-¡Maldito viaje! -murmuraba Andrés Vasling entre los marineros de proa, que con el bichero en las manos evitaban los choques de más peligro.

-¡La verdad es que, si de ésta salimos bien librados, deberemos a Nuestra Señora de los Hielos una hermosa vela! -respondió Aupic.

-¿Quién sabe por entre cuántas de estas montañas flotantes nos veremos obligados todavía a atravesar? -agregó el segundo.

-Y, ¿quién puede prever lo que vendrá después? -replicó el marinero.

-No hables tanto, charlatán-aconsejó Gervique-, y cuídate más de lo que tienes que hacer. Cuando haya pasado el peligro, podrás gruñir cuanto gustes; pero ahora atiende a tu bichero.

En aquel momento, un bloque enorme de hielo, metido en el angosto canal que seguía el bergantín, corría con gran rapidez
hacia La Joven Audaz, obstruyendo la anchura del paso. Como el bergantín no podía virar, parecía imposible evitar el choque.

-¿Sientes la barra? -preguntó Juan Cornbutte al timonel.

-No, mi capitán. El bergantín no obedece ya.

-¡Eh muchachos! -gritó el capitán a la tripulación-. No temáis y apoyad con fuerza los bicheros en la regala.

El bloque de hielo, que amenazaba chocar con el bergantín, tenía unos sesenta pies de altura. Era, pues evidente que, si el choque llegaba a verificarse, el barco quedaría triturado.

Hubo un momento de indefinible angustia durante el cual la tripulación, contraviniendo las órdenes de Juan Cornbutte, corrió despavorida hacia popa; pero por fortuna, cuando el bloque de hielo sólo se encontraba ya a medio cable de distancia de La Joven Audaz, oyóse un ruido sordo y cayó una tromba de agua sobre la proa del bergantín, que fue elevado sobre el lomo de una ola gigantesca.

Los marineros profirieron un grito de terror; pero cuando miraron hacia delante, el bloque de hielo había desaparecido, el paso estaba libre y, más allá, distinguíase una inmensa llanura de agua, iluminada por los últimos rayos del sol, y por la que era fácil navegar.

-¡Todo va bien! -exclamó Penellán-. Orientemos las gavias y el trinquete.

Lo que acababa de ocurrir era un fenómeno muy común en aquellas regiones. Cuando, en la época del deshielo, se desprenden unos de otros los bloques de hielo flotantes, navegan con perfecto equilibrio hasta que, al llegar al Océano, cuya agua es más caliente, son minados por la base que, quebrantada ya por el choque de otra masa, se derrite poco a poco. Entonces, ocurre que el centro de gravedad varía de sitio, y los bloques zozobran por completo. En el caso de referencia habría bastado que la mole de hielo hubiera tardado dos minutos más en volverse para que el bergantín hubiese sido aplastado por ella.

Por fortuna para los tripulantes de La Joven Audaz, no ocurrió así.

CAPÍTULO V
LA ISLA LIVERPOOL

A la sazón, navegaba el bergantín por un mar casi libre de obstáculos.

La claridad blanquecina e inmóvil que se divisaba en el horizonte revelaba la presencia de llanuras fijas.

Juan Cornbutte continuaba navegando con rumbo al cabo Brewster, aproximándose cada vez más a la regiones de temperatura excesivamente

fría, por llegar a ellas muy debilitados los rayos solares a causa de su oblicuidad.

El 3 de agosto encontróse el bergantín frente a grandes bloques de hielo inmóviles y unidos entre sí y, como los pasos que entre algunos de ellos había no tenían sino un cable de anchura, La Joven Audaz veíase en la precisión de dar mil vueltas que a veces la colocaban con la proa flechada al viento.

Penellán, que cuidaba de María con solicitud paternal, obligábala, a pesar del frío, a pasearse todos los días durante dos o tres horas sobre el puente, porque el ejercicio era una de las condiciones indispensables de la salud. El valor de María no se debilitaba, sino que, por el contrario, crecía a medida que aumentaban las contrariedades, y hasta ella misma alentaba a los marineros con sus palabras, por lo que todos la hacían objeto de una verdadera adoración.

Andrés Vasling, que se mostraba con ella más solícito cada día, aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para hablarle; pero la joven, por una especie de presentimiento, acogía sus servicios con cierta frialdad. Se comprende fácilmente que lo porvenir, más que lo presente, era el objeto de las conversaciones de Andrés Vasling, quien no ocultaba que había muy pocas probabilidades de que se hubieran salvado los náufragos. Según su opinión, la pérdida de estos infelices era un hecho consumado, y la joven debía, por consiguiente, confiar a otras manos el cuidado de su existencia.

Sin embargo, María no había llegado aún a comprender los proyectos de Andrés Vasling, porque, con gran disgusto para éste, las conversaciones no se prolongaban nunca. Penellán encontraba siempre medios de intervenir y desvirtuar el efecto de los conceptos emitidos por el segundo del bergantín, pronunciando palabras de esperanza que María escuchaba con delectación.

Por lo demás, la joven tenía también sus ocupaciones, pues, por consejo del timonel, preparó sus ropas de invierno y tuvo precisión de cambiar completamente su indumentaria.

Como el corte de sus vestidos femeninos no era el que convenía en aquellas frías latitudes, se hizo una especie de pantalón forrado, cuyos pies estaban guarnecidos de piel de foca, y una falda estrecha que sólo le llegaba a media pierna a fin de que no estuviera en contacto con las capas de nieve, con que el invierno iba a cubrir las planicies de hielo. Un manto de pieles, estrechamente ceñido al talle y guarnecido de un capuchón, le protegía la parte superior del cuerpo.

También los marineros, a intervalos de sus trabajos, se confeccionaban trajes a propósito para preservarse del frío. Se hicieron gran cantidad de botas altas de piel de foca, que debían permitirles atravesar impunemente las nieves en sus viajes de exploración.

En estos trabajos se invirtió todo el tiempo que duró la navegación por los pasos.

Andrés Vasling, que era un tirador muy hábil, mató muchos pájaros acuáticos, de los cuales eran numerosas las bandadas que voltejeaban en torno del buque. Una especie de patos y unos ptarmiganos proveyeron a la tripulación de carne excelente, que sirvió para abastecerse de comer conservas saladas durante algunos días.

Al fin, después de dar numerosos rodeos, llegó el bergantín a la vista del cabo Brewster, donde se lanzó una chalupa al mar y Juan Cornbutte y Penellán ganaron la costa, que estaba completamente desierta.

Luego, dirigióse el bergantín a la isla de Liverpool, descubierta en 1821 por el capitán Scoresby, y la tripulación, al ver a los indígenas que corrían hacia la playa, prorrumpió en exclamaciones de júbilo.

Gracias a algunas palabras que del lenguaje de los naturales de aquel país sabía Penellán y a algunas frases usuales que ellos habían aprendido oyendo hablar a los balleneros, que frecuentaban aquellos parajes,
pronto quedó establecida la comunicación entre unos y otros.

Aquellos groenlandeses eran pequeños y rechonchos; su estatura no pasaba de cuatro pies y diez pulgadas; tenían tez rojiza, cara redonda, frente aplastada, y los cabellos, lacios y negros, les caían sobre la espalda. Sus dientes estaban cariados, y todos parecían que estaban afectados de esa especie de lepra peculiar de las tribus ictiófagas.

A cambio de trozos de hierro y de cobre, de que son muy ávidos, aquellas pobres gentes entregaban pieles de osos, de vacas y de perros marinos, de lobos de mar y de todos los animales comprendidos en la denominación general de focas.

Juan Cornbutte obtuvo a precio muy bajo muchos objetos que habían de serle de gran utilidad.

El capitán hizo entonces comprender a los indígenas de la isla que iba en busca de un navío que había naufragado y les preguntó si no tenían alguna noticia de él. Unos de ellos dibujó inmediatamente sobre la nieve una especie de barco e indicó que un buque de aquella especie había sido, tres meses antes, empujado hacia el Norte.

También indicó que el deshielo y la ruptura de los carámbanos les habían impedido acudir en su socorro, y así era en efecto, porque sus piraguas, demasiado ligeras y que ellos manejaban con papayas, no podían darse a la mar en tales condiciones.

Estas noticias, aunque imperfectas, acrecentaron la esperanza de los marineros, y Juan Cornbutte no tuvo que esforzarse mucho para internarlos más en el mar polar. Antes de abandonar la isla de Liverpool, el capitán adquirió seis perros esquimales, que pronto se aclimataron a bordo, y en la

mañana del 10 de agosto levó anclas el bergantín, que, impelido por una fresca brisa, no tardó en penetrar en los pasos del Norte.

Eran, a la sazón, los días más largos del año, es decir, los días en que el sol, que en aquellas elevadas latitudes no se pone nunca, llegaba al punto más alto de las espirales que describe el horizonte.

Sin embargo, esta falta absoluta de la noche no era muy sensible, porque el bergantín encontrábase con frecuencia sumido en tinieblas a causa de la bruma, la lluvia y la nieve que lo envolvían.

Juan Cornbutte, decidido a avanzar tanto como pudiera, empezó a adoptar medidas higiénicas, y, al efecto, hizo cerrar por completo el entrepuente, que era ventilado únicamente por las mañanas; instaló estufas, cuyos tubos dispuso de modo que produjesen la mayor cantidad posible de calor, y recomendó a los marineros que no se pusieran más que una camisa de lana encima de la de algodón y que se abrocharan herméticamente las zamarras.

Como importaba mucho conservar las provisiones de leña y de carbón para la época en que el frío fuera más intenso, no se encendió fuego aún; pero, en cambio, se distribuían a los hombres de la tripulación, con regularidad, mañana y tarde, café, té y otras bebidas calientes.

Se cazaron patos y cercetas, que en aquellos parajes abundan mucho, no sólo para nutrirse de carne fresca sino también para economizar los víveres aprovisionados en la despensa.

Juan Cornbutte hizo instalar en la punta del palo mayor una especie de nido de cornejas o tonel sin fondo, donde colocó un vigía que debía observar constantemente las llanuras de hielo.

A los dos días de haber perdido de vista el bergantín la isla de Liverpool, empezó a soplar un viento fresco que enfrió súbitamente la temperatura y aparecieron algunos indicios del invierno.

No había tiempo que perder. La Joven Audaz debía apresurarse todo lo posible, antes de que el camino se le cerrara en absoluto.

Avanzó, por consiguiente, entre los pasos que los bloques de hielo - algunos de los cuales tenían treinta pies de grueso dejaban entre sí.

En la mañana del 3 de septiembre, llegó el bergantín a la altura de la bahía de Gael-Hamkes. La tierra estaba entonces a una distancia de treinta millas a sotavento.

La Joven Audaz, viose por primera vez en la precisión de detenerse frente a un banco de hielo, de media milla de anchura por lo menos, que no le ofrecía paso alguno, por lo que se resolvió cortarlo con las sierras. Instaladas estas herramientas fuera del bergantín, encargó su manejo a Penellán, Aupic, Grandlin y Turquiette, quienes trazaron los cortes de manera que el agua pudiera llevarse en su corriente los trozos desprendidos.

En esta operación empleó la tripulación veinte horas, por la dificultad que había de sostenerse sobre el hielo. Como para trabajar, veíanse a veces precisados a meterse en el agua, la labor resultó doblemente penosa, porque los trajes de piel de foca no les preservaban de la humedad sino muy imperfectamente.

Además, en aquellas latitudes elevadas el trabajo excesivo fatiga mucho, porque llega a faltar la respiración, y los hombres más robustos se ven obligados a descansar de cuando en cuando.

Al fin, el paso quedó libre y el bergantín pudo ser remolcado hasta más allá del banco de hielo que le había impedido avanzar durante tanto tiempo.

CAPÍTULO VI
TERREMOTO DE HIELOS

LA Joven Audaz vióse obligada a luchar contra obstáculos insuperables durante algunos días más.

Los marineros, casi constantemente con la sierra en las manos, tuvieron, además, que emplear la pólvora para volar los enormes bloques de hielo que obstruían el paso.

El 12 de septiembre, todo el mar que se divisaba desde el bergantín era una llanura sólida sin salida, de suerte que era imposible avanzar ni retroceder.

El termómetro señalaba casi constantemente dieciséis grados bajo cero.

Se aproximaba, por consiguiente, el momento de invernar y la estación de las grandes heladas con su obligado acompañamiento de torturas y de peligros.

La Joven Audaz se encontraba a la sazón, casi en el 21º de longitud occidental y en el 76° de latitud norte, a la entrada de la bahía de Gael-Hamkes.

Juan Cornbutte se dispuso a hacer los preparativos necesarios para invernar. En primer lugar se ocupó en buscar una ensenada que le permitiera estar a cubierto de los chubascos y de los grandes deshielos, y, como la tierra, que debía encontrarse a unas diez millas al Oeste, era el único lugar que podía ofrecerle un refugio seguro, resolvió ir a hacer un reconocimiento.

Al efecto, emprendió la marcha, acompañado por Andrés Vasling, Penellán, Grandlin y Turquiette, llevando cada uno raciones para dos días, porque no era probable que la excursión durara más tiempo.

Llevaron, además, pieles de búfalo para dormir sobre ellas.

Como había nevado copiosamente y la nieve no se había helado aún, les fue imposible a los excursionistas caminar con la rapidez que deseaban, porque a veces se hundían hasta medio cuerpo y tenían que adoptar grandes precauciones para no precipitarse en las grietas ocultas.

Penellán, que iba delante, sondeaba cuidadosamente las depresiones del suelo con un bastón ferrado.

Hacia las cinco de la tarde empezó a condensarse la bruma y los excursionistas se vieron precisados a detenerse.

Penellán se ocupó en buscar un bloque de hielo que pudiera abrigarlos contra el aire, después de lo cual los expedicionarios tomaron algún alimento y, con el pesar de carecer de bebidas calientes, extendieron sobre la nieve las pieles de búfalo, de que iban provistos, se envolvieron en ellas, se apretaron unos contra otros y se quedaron dormidos. El sueño fue más poderoso que el cansancio.

A la mañana del día siguiente, Juan Cornbutte, y sus compañeros se encontraron, al despertar, sepultados bajo una capa de nieve de más de un pie de espesor; pero como afortunadamente las pieles en que estaban envueltos eran absolutamente impenetrables, la misma nieve que había caído sobre ellos contribuyó a conservarles el calor natural impidiendo la radiación.

Juan Cornbutte dispuso en seguida la partida, y, aproximadamente al mediodía, los expedicionarios divisaron por fin la costa, que ya un rato antes habían entrevisto, aunque sólo confusamente a causa de los enormes bloques de hielo que, cortados en dirección perpendicular, se elevaban sobre la playa.

Las variadas cimas de estas masas de hielo, cortadas en todos sentidos y afectando todas las formas, reproducían los fenómenos de la cristalización.

Al aproximarse los expedicionarios, tendieron el vuelo millares de aves acuáticas, y las focas, que se hallaban indolentemente tendidas sobre el hielo, se apresuraron a zambullirse.

-No nos faltarán aquí pieles ni caza -dijo Penellán.

-Según parece -agregó Juan Cornbutte-, no es ésta la primera vez que estos animales ven hombres, porque en los parajes completamente deshabitados no suelen ser tan ariscos.

-Únicamente los groenlandeses visitan esta zona -repuso Andrés Vasling.

-Sin embargo, aquí no hay señal alguna de su paso, ni se ve ningún campamento, ni la más pequeña choza -objetó Penellán, después de extender la vista en torno suyo, desde un pico elevado.

-¡Eh! ¡Capitán! Venga usted. Desde aquí se divisa una punta de tierra que nos preservará muy bien de los vientos de Nordeste.

-¡Por aquí, muchachos! -dijo Juan Cornbutte.

Le siguieron los compañeros, y pronto se unieron todos a Penellán, quien, efectivamente, había dicho la verdad. Una punta de tierra bastante alta adelantábase como un promontorio y, encorvándose hacia la costa, formaba una barrera de una milla de profundidad, a lo sumo. Algunos bloques movibles de hielo, rotos al chocar con esta punta de tierra, flotaban en medio, y el mar, abrigado contra los vientos más fríos, no se encontraba ano completamente helado.

El sitio era excelente para invernar; pero faltaba conducir a él el bergantín.

Ahora bien, habiendo observado Juan Cornbutte que la planicie de hielo próxima era de gran espesor y siendo, por consiguiente, difícil abrir en ella un canal para llevar el buque a su destino, era preciso buscar otra ensenada, pero Juan Cornbutte avanzó inútilmente hacia el Norte en busca de ella. La costa era recta y escarpada en una gran longitud y, más allá de la punta, encontrábase directamente expuesta a los vientos del Este.

Esta circunstancia desconcertó al capitán tanto más cuanto que Andrés Vasling, fundándose en motivos perentorios, hizo ver que la situación era muy grave.

A Penellán le costó gran trabajo probarse a sí mismo que lo que ocurría en aquella coyuntura era lo mejor que podía ocurrir.

El bergantín no tenía, pues, sino la probabilidad de encontrar un lugar de invernada en la parte meridional, de la costa, lo cual era retroceder; pero no se podía vacilar.

Los expedicionarios emprendieron el camino de regreso al bergantín y, como los víveres empezaban a faltar, marcharon con gran rapidez.

Mientras recorrían el trayecto que les separaba de La Joven Audaz, Juan Cornbutte buscó un paso que fuese practicable o, por lo menos, alguna grieta que permitiese abrir un canal a través de la planicie de hielo, pero no encontró una cosa ni otra.

Al caer la tarde, llegaron los marineros al sitio donde hablan pasado la noche anterior y, como durante el día no había nevado, pudieron encontrar las huellas de sus cuerpos sobre el hielo. Tenían, pues, el lecho dispuesto y se acostaron, envueltos en sus pieles de búfalo.

Penellán, muy contrariado por el fracaso de su exploración, dormía bastante mal, cuando, en un momento de insomnio, percibió un ruido sordo y se quedó escuchando.

Aquel ruido parecióle tan extraño que, sorprendido y alarmado al mismo tiempo, dio un codazo a Juan Cornbutte para que despertara.

-¿Qué sucede? -preguntó el capitán, que, según la costumbre de los marinos, tuvo en seguida tan despierta la inteligencia como el cuerpo.

-Escuche usted, capitán -respondió Penellán.

El ruido aumentaba con sensible violencia.

-¡Este ruido, en una latitud tan elevada, no puede ser un trueno! -dijo Juan Cornbutte, levantándose.

-Creo que pronto vamos a tener que entendérnoslas con los osos blancos -repuso Penellán.

-¡Diablos! Sin embargo, todavía no los hemos visto.

-Más pronto o más tarde, debemos esperar su visita. Comencemos por recibirlos bien.

Penellán cogió su fusil y se encaramó precipitadamente sobre el bloque de hielo que les servía de abrigo. Como la oscuridad era muy densa por estar el cielo cubierto, no descubrió nada; pero un nuevo incidente le convenció de que el ruido no procedía de las inmediaciones.

Juan Cornbutte acudió al lado de Penellán y ambos advirtieron con espanto que el ruido, cuya intensidad había despertado ya a los compañeros, se producía bajo sus pies.

Un peligro de nueva especie les amenazaba. A este ruido, que pronto semejó el de los truenos, agregóse un movimiento de ondulación muy perceptible en el bloque de hielo.

Algunos marineros, perdiendo el equilibrio, cayeron rodando.

-¡Atención! -gritó Penellán.

-¡Sí -le contestaron.

-¡Turquiette! ¡Grandlin! ¿Dónde estáis?

-Aquí -respondió Turquiette, sacudiéndose la nieve de que estaba cubierto.

-¡Por aquí, Vasling! -gritó Cornbutte a su segundo-. ¿Y Grandlin?

-Presente, capitán... Pero ¡estamos perdidos! -exclamó Grandlin con espanto.

-¡De ningún modo! repuso Penellán-. Por lo contrario, quizá nos hemos salvado.

No bien hubo concluido de pronunciar estas palabras, cuando se oyó un crujido espantoso, la llanura de hielo se quebró por completo y los marineros viéronse obligados a agarrarse al bloque que oscilaba bajo sus pies. A pesar de lo dicho por el timonel, los expedicionarios se encontraban en una situación sumamente peligrosa, porque lo que acababa de ocurrir era un temblor.

Los hielos habían levado el ancla, según la expresión de los marinos.

El temblor había durado cerca de dos minutos y era de temer que se abriese una grieta bajo los mismos pies de los desgraciados marineros, quienes esperaron la llegada del nuevo día en medio de continuas angustias, porque no podían, sin exponerse a perecer, atreverse a dar un paso. En consecuencia, quedáronse tendidos a todo lo largo para no sumergirse.

Al alborear el día, ofrecióse a sus ojos un cuadro muy diferente. La extensa planicie, unida la víspera, encontrábase partida en mil puntos

distintos, y las olas, levantadas por alguna conmoción submarina, habían roto la espesa capa que las cubría.

Juan Cornbutte acordóse inmediatamente de su bergantín, temiendo por su suerte.

-¡Mi pobre buque! -exclamó-. ¡Debe de haberse perdido!

En el rostro de todos los expedicionarios comenzó a reflejarse la más sombría desesperación, porque la pérdida del bergantín era inevitablemente la muerte próxima de toda la tripulación.

-¡Valor, amigos míos! -dijo Penellán-. Esperemos, por el contrario, que el temblor de esta noche nos haya abierto un camino a través de los hielos, que nos permitirá conducir nuestro bergantín a la bahía de invernada. ¡Eh! No me engaño. Miren, ahí está La Joven Audaz, una milla más cerca de nosotros.

Todos se precipitaron hacia delante, pero tan imprudentemente, que Turquiette se deslizó en una grieta, donde habría sin duda alguna perecido, si Juan Cornbutte no le hubiese agarrado por el capuchón. Por fortuna, todo quedó reducido a un baño frío.

Efectivamente, el bergantín se encontraba sólo a dos millas de distancia; pero, esto no obstante, costóles inmenso trabajo a los expedicionarios llegar a él.

La Joven Audaz se conservaba en buen estado; pero su timón, que por inexcusable negligencia no había sido retirado, había quedado destrozado por los hielos.

CAPÍTULO VII
LAS INSTALACIONES DE LA INVERNADA

Penellán había tenido razón una vez más. Lo que había ocurrido era lo mejor que podía ocurrir, puesto que el temblor de hielos había abierto camino para que el bergantín pudiera llegar a la bahía.

Los marineros no tuvieron, por consiguiente, otra cosa que hacer que utilizar hábilmente las corrientes para dirigir los témpanos de hielo de modo que dejaran expedita la navegación.

El 19 de septiembre quedó, al fin, el barco sólidamente anclado sobre buen fondo en la bahía de invernada, a dos cables de distancia de tierra, y el hielo, que desde el día siguiente empezó a formarse alrededor de su casco, no tardó en adquirir la consistencia suficiente para sostener el peso de un hombre.

Establecida ya, por este medio, la comunicación directa con la tierra y dejando los aparejos como estaban, según acostumbraban hacer los

navegantes árticos se replegaron cuidadosamente las velas sobre las vergas, se las guarneció con fundas y se dispuso que continuara armado el nido de corneja para poder observar a lo lejos y atraer la atención sobre el bergantín.

Como desde el solsticio de junio habían ido reduciéndose las espirales que describe el sol en el horizonte, el astro diurno elevábase ya muy poco y no tardaría en desaparecer por completo.

La tripulación se apresuró a hacer todos los preparativos necesarios para la invernada, bajo la dirección de Penellán.

El hielo fue consolidándose más cada día, hasta el punto de que llegó a temerse que su presión perjudicara al bergantín.

Para evitar este peligro, esperó Penellán que, a causa del vaivén de los témpanos flotantes y de su adherencia, adquiriese un espesor de veinte pies, después de lo cual lo hizo achaflanar en derredor del bergantín, de manera que adquiriese su forma, con lo que quedó el barco enclavado en un lecho sin que la presión del hielo, falto de movimiento, lo pudiera perjudicar.

Después levantaron los marineros una muralla de nieve de cinco a seis pies de grueso, a lo largo de las cintas y a la altura del parapeto. Esta muralla, que no tardó en adquirir la dureza de la roca, impedía que el calor irradiase hacia fuera.

A todo lo largo del puente fue tendido un toldo, herméticamente cerrado y cubierto de pieles, que formaba una especie de paseo para la tripulación.

En tierra construyóse también con nieve un almacén en el que fueron depositados todos aquellos objetos que estorbaban en el bergantín, y se quitaron los tabiques de las cámaras que, luego, no formaron ya sino una sola, muy amplia, lo mismo delante que detrás.

Esta pieza única tenía la doble ventaja de que era más fácil de calentar, porque el hielo y la humedad encontraban menos rincones donde acumularse, y la de que se ventilaba mejor, por medio de mangas de lienzo que desembocaban fuera.

En estos preparativos, que quedaron terminados el 25 de septiembre, todos los marineros desplegaron suma actividad, no siendo Andrés Vasling quien menos esfuerzos realizó y quien menos hábil se mostró en todas estas disposiciones. De manera especial, desplegó extraordinaria solicitud en las cosas pertinentes a la joven, quien, distraída por el recuerdo de su pobre Luis, nada observó; pero todo fue advertido por Juan Cornbutte.

Este, comprendiendo el móvil que impulsaba a su segundo para mostrarse tan solícito con María, habló de ello a Penellán y recordó varios hechos que le confirmaron en su creencia.

Andrés Vasling amaba a María y pediría su mano tan pronto como se adquiriese la certidumbre de que los náufragos habían perecido. Entonces, regresarían todos a Dunkerque, y el segundo mejoraría de posición

contrayendo matrimonio con una joven bella y rica, heredera única de Juan Cornbutte.

Pero la impaciencia no permitía a Andrés Vasling mostrarse siempre hábil, y esta carencia de habilidad le había hecho declarar con demasiada frecuencia que eran inútiles las exploraciones que para encontrar a los náufragos se efectuaban, por lo que, cada vez que se adquiría un nuevo indicio que contradecía la opinión del segundo, se apresuraba Penellán a ponerlo de relieve.

Por este motivo, Andrés Vasling odiaba cordialmente al timonel, que no dejaba de corresponderle, y que, temiendo que el segundo del bergantín introdujera gérmenes de discordia en la tripulación, aconsejó a Juan Cornbutte que contestara a aquél evasivamente en la primera ocasión que se presentara.

Terminados todos los preparativos para la invernada, el capitán empezó a preocuparse por la salud de los tripulantes, y, al efecto, adoptó diversas medidas encaminadas a prevenir las enfermedades.

Todas las mañanas se ventilaban las cámaras y se enjugaban cuidadosamente las paredes interiores para desembarazarlas de la humedad de la noche; los marineros tomaban, mañana y tarde, té o café muy calientes, por ser los mejores cordiales que se pueden emplear contra el frío; y, para adquirir diariamente carne fresca, se dividió la tripulación en dos grupos, que salían, alternativamente, a cazar.

Todos tenían que hacer también cada día ejercicios higiénicos y se aconsejó que ninguno se expusiera a sufrir las inclemencias de la temperatura, sino por necesidad absoluta y en activo movimiento, porque como el termómetro marcaba treinta grados bajo cero podía ocurrir que cualquiera se quedara helado de pronto. En este caso, se debía acudir inmediatamente a las fricciones de nieve, por ser éstas las únicas que pueden salvar la parte enferma.

Penellán recomendó mucho también el uso de abluciones frías por las mañanas, aunque realmente se necesitaba tener cierto valor para meter las manos y la cara en la nieve, que se hacía derretir; pero el timonel daba valerosamente el ejemplo, y María no fue la última en imitarlo.

Juan Cornbutte no olvidó la lectura ni los rezos, para evitar que los hombres se dejaran arrastrar por la desesperación o por el aburrimiento, cosas ambas muy peligrosas en aquellas desoladas latitudes.

El cielo, constantemente nublado, inundaba el alma de tristeza; la nieve no cesaba de caer copiosamente, envuelta en los torbellinos del viento impetuoso, y el sol estaba próximo a desaparecer. En la dilatada noche polar no podrían gozar los navegantes ni aun del resplandor de la luna, que era el único que debía alumbrarles, a causa de las nubes.

Como a pesar de los vientos del Oeste que reinaban no cesaba de nevar, todas las mañanas había necesidad de despejar los contornos del buque, y labrar en el hielo escalones que permitieran descender a la planicie. Esto se obtenía con relativa facilidad, merced a las cuchillas de cortar el hielo. Después de labrar los escalones, se vertía sobre ellos agua que, helándose inmediatamente, los endurecía.

Penellán hizo abrir un hoyo de hielo, cerca del bergantín, y todos los días se rompía la capa que se formaba en la parte superior para tomar a cierta profundidad el agua, que estaba menos fría.

Terminados, tres semanas después, estos preparativos, se pensó en proseguir activamente las investigaciones para encontrar a los náufragos.

El bergantín, preso entre los hielos, no podría abrirse paso hasta cinco o seis meses después, y era, por consiguiente, necesario aprovechar esta quietud forzosa para dirigir las exploraciones hacia el Norte.

CAPÍTULO VIII
PLAN DE EXPLORACIÓN

El 9 de octubre celebró Juan Cornbutte consejo, en el que fueron admitidos todos los hombres de la tripulación para que la solidaridad y el valor individual acrecentasen el celo de todos.

Este consejo tuvo por objeto acordar el plan de las operaciones que se debían realizar, y Juan Cornbutte, con el mapa en la mano, empezó a exponer con toda claridad la situación presente.

La costa oriental de Groenlandia se extiende perpendicularmente hacia el Norte, y aunque los descubrimientos posteriores de
los navegantes han precisado el límite exacto de estos parajes, en la época a que nos referimos no había sido aún reconocida tierra alguna en el espacio de quinientas leguas que separan Groenlandia de Spitzberg.
Únicamente la isla Shannon se encontraba a una distancia de cien millas, al Norte, de la bahía Gael-Hamkes, donde iba a invernar La Joven Audaz.

Si, como era muy probable, el buque noruego había sido arrastrado en esa dirección y en la hipótesis de que no hubiera podido llegar a la isla de Shannon, allí era donde Luis Cornbutte y los demás náufragos debieron refugiarse durante el invierno.

A pesar de la oposición de Andrés Vasling, ésta fue la opinión que prevaleció en el consejo celebrado por los tripulantes de La Joven Audaz, por lo que se decidió hacer las exploraciones por el lado de la isla de Shannon.

Al efecto, se adoptaron en seguida las disposiciones necesarias.

Juan Cornbutte había adquirido en la costa de Noruega un trineo de esquimales, construido con tablas curvas por delante y por detrás, que lo mismo podía deslizarse sobre la nieve que sobre el hielo; tenía doce pies de largo por cuatro de ancho y en él podían cargarse provisiones para algunas semanas.

Fidel Misonne no tardó mucho en ponerlo en disposición de ser utilizado, trabajando para ello en el almacén de nieve, porque fuera habría sido imposible trabajar. Como el cañón de la estufa, que a través de una de las paredes laterales salía al exterior por un agujero practicado en el hielo, iba derritiendo con el calor los puntos de contacto, Juan Cornbutte hizo envolver con tela metálica esta parte del cañón, con lo que obtuvo un resultado satisfactorio.

Mientras Misonne preparaba el trineo, Penellán, con la ayuda de María, confeccionaba los trajes de repuesto, que habían de llevarse para hacer la exploración; pero como por fortuna había botas de piel de foca en abundancia, no fue preciso hacer más.

Juan Cornbutte y Andrés Vasling, por su parte, se ocuparon en preparar las provisiones, y, al efecto, escogieron un pequeño barril de alcohol destinado a calentar una cocinilla portátil, tomaron la cantidad que se creyó suficiente de té y café, y se completó la alimentación con una caja de galletas, doscientas libras de penmican y algunos frascos de aguardiente. Además, se convino en dedicar todos los días algún tiempo a la caza para proveerse de carne fresca.

También se puso en el trineo cierta cantidad de pólvora distribuida en varios sacos, la brújula, el sextante y el anteojo; pero estos instrumentos fueron colocados de modo tal, que quedaron por completo al abrigo de todo choque.

El 11 de octubre el sol desapareció del horizonte por completo, y desde entonces fue necesario tener constantemente encendida una lámpara en la cámara de la tripulación.

Urgía, pues, empezar inmediatamente las exploraciones, porque por los motivos que a continuación se dirán, no había tiempo que perder.

En el mes de enero bajaría tanto el termómetro y sería, por consiguiente, tan intenso el frío, que no podría salir fuera el bergantín sin exponerse a perecer, y, por lo menos durante dos meses, la tripulación se vería condenada a la reclusión absoluta. Después empezaría el deshielo, que duraría hasta que el bergantín pudiera darse a la vela.

Estas dificultades impedirían, naturalmente, hacer ninguna exploración. Además, si Luis Cornbutte y sus compañeros vivían aún, no podrían soportar los rigores del invierno ártico, por lo que era preciso encontrarlos antes o renunciar a la esperanza de salvarlos.

Andrés Vasling, perfectamente enterado de todo esto, no cesaba de oponer obstáculos a la expedición, pues su mayor deseo era el que no apareciese el capitán Luis Cornbutte.

De todos modos, los preparativos que se consideraron necesarios para el viaje quedaron terminados el 20 de octubre, y, entonces, se procedió a elegir los hombres que habían de partir; pero, desde luego, Juan Cornbutte y Penellán tenían que formar parte de la caravana, porque la joven, que deseaba ir, no podía prescindir de la protección del uno o del otro.

Se discutió mucho si María podría soportar las fatigas de una expedición tan penosa; pero como se la había visto sufrir, valiente y sin proferir la menor queja, pruebas muy duras, se decidió, al fin, que emprendiera el viaje, si bien se le reservó, para el caso de que fuera necesario, un puesto en el trineo, donde se construyó una garita de madera, herméticamente cerrada.

María, hija de un marinero y acostumbrada desde la niñez a las penalidades del mar, vio satisfechos sus deseos, porque la repugnaba separarse de sus protectores, y Penellán no se asombraba de verla luchar contra los peligros de las aguas polares y contra aquellos horribles climas.

La expedición quedó, por consiguiente, organizada. María, Juan Cornbutte, Andrés Vasling, Penellán, Aupic y Fidel Misonne emprenderían el viaje; Turquiette quedaría encargado de la custodia del bergantín, y Gervique y Grandlin permanecerían a su lado.

Como Juan Cornbutte, con el propósito de prolongar la exploración todo cuanto fuera posible, resolvió dejar depósitos de víveres a lo largo del camino, uno por cada siete u ocho días de marcha, se recogieron nuevas provisiones de toda especie, que se colocaron en el trineo, tan pronto como éste estuvo completamente dispuesto.

El trineo, con el toldo de pieles de búfalo con que fue cubierto, los víveres y todo lo demás que se colocó en él, pesaba unas setecientas libras, peso que podía ser arrastrado fácilmente sobre el hielo por un tiro de cinco perros.

Conforme había previsto el capitán, el 22 de octubre cambió repentinamente la temperatura: el cielo se despejó, brillaron las estrellas con intensa claridad y la luna apareció en el horizonte, del que no desapareció luego hasta quince días después.

El termómetro había bajado a veinticinco grados bajo cero.

La expedición debía emprender el viaje al día siguiente.

CAPÍTULO IX
LA CASA DE NIEVE

A las once de la mañana del 23 de octubre, se puso en marcha la caravana, a la luz de una hermosa luna.

Esta vez se habían tomado todas las precauciones necesarias para que el viaje se pudiera prolongar largo tiempo, si de ello llegaba a haber precisión.

Juan Cornbutte siguió a lo largo de la costa, subiendo hacia el Norte. Los viajeros no dejaban tras de sí huella alguna de sus pasos sobre el duro hielo, por lo que Juan Cornbutte vióse obligado a guiarse por medio de puntos de referencia escogidos a lo lejos, y, así, tan pronto caminaba por una colina erizada de picos, como por un enorme bloque de hielo que la presión había levantado sensiblemente por encima de la planicie.

En la primera jornada recorrieron los expedicionarios quince millas y, al detenerse, Penellán hizo los preparativos necesarios para acampar. La tienda fue colocada junto a un bloque de hielo.

A María no le había hecho sufrir mucho el frío, a pesar de ser tan riguroso, porque, por fortuna, se había calmado la brisa, haciendo más soportable la temperatura; pero, esto no obstante, tuvo que apearse muchas veces del trineo, para evitar que el entorpecimiento le paralizase la circulación de la sangre. Además, la garita dentro de la cual iba, tapizada con pieles por Penellán, reunía todas las comodidades posibles.

Al llegar la noche o, por mejor decir, al llegar el momento de entregarse al reposo, la garita fue colocada dentro de la tienda, donde sirvió de dormitorio a la joven.

La cena se compuso de carne fresca, penmican y té caliente, y Juan Cornbutte, para prevenir los funestos efectos del escorbuto, hizo que todos tomasen, además, algunas gotas de zumo de limón. Luego, se durmieron confiando en que Dios velaba su sueño.

Ocho horas después, los expedicionarios se hallaban nuevamente en disposición de emprender la marcha; pero antes de ponerse en camino, los hombres y los perros almorzaron suculentamente.

El hielo, excesivamente liso, permitía que el trineo fuese arrastrado con gran facilidad por los perros, viéndose los hombres precisados, a veces, a realizar grandes esfuerzos para seguirlos.

El deslumbramiento, que en aquellas regiones es una verdadera enfermedad, no tardó en acometer a los viajeros, especialmente a Aupic y Misonne, que adquirieron oftalmías rebeldes. La luz de la luna, al reverberar en aquellas blancas planicies, abrasaba los ojos produciendo un insoportable escozor.

Los expedicionarios tenían que luchar también con uno de los más curiosos efectos de la refracción, que, a veces, les hacía meter el pie en una

hondonada cuando creían que iban a ponerlo sobre una loma. Esto ocasionaba caídas, que por fortuna no tenían desagradables consecuencias y que Penellán tomaba a broma; pero, esto no obstante, recomendó que no se diera un paso sin tantear antes el suelo con el bastón forrado de que todos iban provistos.

El 1° de noviembre, es decir, a los diez días de haber emprendido el viaje, la caravana encontrábase cincuenta leguas más al Norte, pero este largo recorrido tenía extremadamente fatigados a todos. Juan Cornbutte, cuya vista se iba alterando sensiblemente, sufría horribles deslumbramientos. Aupic y Fidel Misonne andaban ya casi a tientas, porque la reflexión blanca de la nieve les había quemado los ojos y los tenían rodeados por un círculo rojo. María, merced a su larga permanencia en la garita, se había librado hasta entonces de estos accidentes. Penellán, a quien sostenía su indomable valor, lo soportaba todo sin abatirse, y Andrés Vasling, cuyo cuerpo de hierro estaba habituado a toda clase de fatigas, sólo experimentaba un poco de cansancio, pues ni el frío ni los deslumbramientos hacían en él mella.

Por esto, previniendo ya próximo el momento en que habría necesidad de retroceder, el segundo del bergantín gozaba al ver que el cansancio se iba apoderando de los más robustos.

En vista, pues, de tantas contrariedades, consideróse indispensable suspender la marcha para descansar durante uno o dos días, y, al efecto, se eligió lugar para acampar y se resolvió construir con nieve una casa, que quedaría apoyada en una peña de un promontorio.

Trazados por Fidel Misonne los cimientos, que medían quince pies de largo por cinco de ancho, Penellán, Aupic y el mismo Misonne cortaron con sus cuchillos grandes trozos de hielo, los llevaron al lugar designado y los colocaron como los albañiles habrían colocado las piedras para levantar los muros de una casa de mampostería.

La pared del fondo, de cinco pies de altura y de grueso casi igual, quedó levantada muy pronto, porque había materiales en abundancia e importaba que la obra tuviera la solidez necesaria para que durase algunos días.

Ocho horas se invirtieron en construir los cuatro muros, en uno de los cuales, que miraba al Sur, se dejó una abertura para que sirviese de puerta. Luego, tendióse por encima del edificio un toldo, de modo que colgase cubriendo la entrada. Sólo faltaba ya, por consiguiente, colocar encima de todo grandes trozos de hielo, que sirvieran de tejado de aquella poco duradera construcción.

Terminada, al fin, la casa después de otras tres horas de penoso trabajo, metiéronse todos en ella, rendidos de cansancio y desaliento.

Juan Cornbutte sufría horriblemente y no podía dar un paso, y Andrés Vasling, al verlo en tal estado, aprovechó la ocasión para arrancarle la promesa de no proseguir las investigaciones en aquellas horribles soledades.

El segundo explotaba el dolor del capitán en beneficio propio.

Penellán, que creía que era una indignidad, impropia de marinos, el abandonar a sus compañeros, los náufragos, devanábase los sesos para encontrar razones que indujesen a los expedicionarios a proseguir las exploraciones; pero todos sus esfuerzos y su elocuencia toda resultaron inútiles, porque, al fin, quedó decidido el regreso al bergantín, si bien, a causa del cansancio que todos tenían, se convino en descansar durante tres días.

Durante este tiempo no se hizo preparativo alguno para la partida; pero el 4 de noviembre empezó Juan Cornbutte a hacer enterrar las provisiones que creyó innecesarias en un punto de la costa, que fue señalado con una marca para el caso, poco probable, de que nuevas exploraciones los volviesen a llevar a aquel lado.

Como había dejado a lo largo del camino varios depósitos de víveres, porque cada cuatro días de marcha había hecho uno, no tenía necesidad de transportarlos en el viaje de regreso, lo que permitía a los perros arrastrar el trineo con mayor facilidad.

Se convino en emprender la marcha a las diez de la mañana del 5 de noviembre; pero todos los expedicionarios estaban abismados en profunda tristeza, especialmente María, quien, al ver tan desanimado a su tío, no cesaba de derramar lágrimas. ¡Cuántos sufrimientos inútiles! ¡Cuánto trabajo infructuoso!

Penellán, que estaba de un humor insoportable, mandaba a los diablos a todos sus compañeros y los llamaba débiles y cobardes, por encontrarse, según decía él, más abatidos que María, quien habría sido capaz de ir al fin del mundo sin fatigarse.

Andrés Vasling, por el contrario, no cabía en sí de gozo, por haberse resuelto regresar al bergantín, y mostrábase más obsequioso que nunca con la joven, a quien no vaciló en prometer que, pasado el invierno, se reanudarían las exploraciones, a pesar de estar convencido de que entonces sería ya muy tarde.

CAPÍTULO X
ENTERRADOS VIVOS

El día antes de emprender el viaje de regreso y en el momento en que los expedicionarios se disponían a cenar, ocupábase Penellán en hacer

pedazos varios cajones vacíos, para alimentar la estufa, cuando se vio de pronto envuelto en una nube de humo espeso, al mismo tiempo que advirtió que la casa de nieve se conmovía, como si hubiese un terremoto.

Todos prorrumpieron en un grito de terror, y Penellán salió inmediatamente de la casa.

La oscuridad era absoluta y una tempestad horrible estallaba en el espacio. Torbellinos de nieve caían con extraordinaria violencia sobre todos aquellos parajes, en los que hacía un frío tan intenso que el timonel sintió que se le helaban las manos.

Se las frotó fuertemente con nieve y volvió a entrar en la casa, diciendo:

-Ya se nos ha echado la tempestad encima. Dios quiera que pueda resistirla nuestra casa, porque si el huracán la destruye, nos veremos perdidos.

Mientras las ráfagas de viento se desencadenaban sobre la extensa planicie helada, sentíase un ruido espantoso bajo el suelo; los trozos de hielo, precipitándose unos sobre otros, chocaban con estrépito, y el aire soplaba con tal violencia que parecía que la casa variaba de sitio.

Entre los torbellinos de nieve corrían resplandores de extraña fosforescencia, inexplicables en aquellas latitudes.

-¡María! ¡María! -gritó Penellán, cogiendo las manos a la joven.

-¡Mal andamos! -dijo Fidel Misonne.

-¡Con tal de que todo acabe bien...! -repuso Aupic.

-Dejemos esta casa de hielo-aconsejó Andrés Vasling.

-Imposible -repuso Penellán-, porque fuera hace un frío espantoso. Mientras permanezcamos aquí, quizá podamos soportarlo.

-Dadme el termómetro -dijo imperativamente Andrés Vasling.

Aupic se apresuró a entregarle el instrumento pedido, que señalaba en aquel momento diez grados bajo cero dentro de la casa, donde estaba encendido el fuego. Andrés Vasling levantó la especie de cortina que cubría la puerta y la sacó hacia fuera rápidamente, para evitar que le hicieran daño los pedazos de hielo, que levantados por el viento, se proyectaban como granizo.

-Y bien, señor Vasling -preguntó Penellán-, ¿insiste usted en salir? Ya ve que nos encontramos aquí más seguros.

-Sí, más seguros -corroboró Juan Cornbutte-; pero tendremos que hacer cuantos esfuerzos sean posibles para afirmar la casa por dentro.

-El peligro que nos amenaza dentro es mayor que el que corremos fuera -insistió Andrés Vasling.

-¿Qué peligro? -preguntó Juan Cornbutte.

-El de que el viento rompa el bloque de hielo en que estamos, y seamos de pronto sumergidos.

-Es difícil que eso ocurra -replicó Penellán, porque hiela de tal modo que no puede quedar ninguna superficie líquida. Veamos qué temperatura hay fuera.

Y dicho esto, levantó la cortina y sacó el brazo; pero le costó gran trabajo encontrar el termómetro entre la nieve, conseguido lo cual, acercó el instrumento a la lámpara para mirarlo.

-¡Treinta y dos grados bajo cero! -exclamó-. Es el frío más intenso que hemos tenido que soportar.

A estas palabras siguió un silencio sombrío.

Aproximadamente a los ocho de la mañana, intentó de nuevo Penellán salir de la casa para ver si el tiempo había variado. Además, era necesario dejar paso al humo que el aire empujaba hacia dentro.

El timonel se ajustó perfectamente al cuerpo la ropa, se sujetó el capuchón a la cabeza por medio de un pañuelo y levantó la cortina que colgaba sobre la puerta.

Le fue imposible salir.

La puerta estaba completamente obstruida por la nieve, ya endurecida. Penellán introdujo, no sin gran esfuerzo, el bastón ferrado en la compacta masa, y el terror le paralizó la sangre en las venas. El extremo del bastón no estaba libre; se había detenido en un cuerpo duro.

-¡Cornbutte! dijo al capitán, que acaba de acercársele-. ¡Estamos sepultados bajo la nieve!

-¿Qué dices?

-Que la nieve se ha amontonado y helado en derredor nuestro, y estamos enterrados vivos.

-Derribemos la masa de nieve.

Y dicho esto, ambos amigos se apoyaron sobre el obstáculo y empujaron tratando de derribarlo, pero les fue imposible moverlo. La nieve tenía más de cinco pies de espesor y había constituido una sola pieza con la casa. Juan Cornbutte, al ver la triste realidad, no fue dueño de sí mismo y exhaló un grito que desesperó a Misonne y a Andrés Vasling. Este dejó escapar una interjección y sus facciones se contrajeron.

En aquel momento, el humo, más denso que nunca, no teniendo salida, refluyó al interior.

-¡Maldición! -exclamó Misonne-. El hielo ha obstruido el cañón de la estufa.

Penellán arrojó nieve sobre los tizones para apagarlos y desmontó la estufa, lo que produjo tal humareda que la luz de la lámpara casi no se distinguía. Después, trató de desembarazar el orificio, pero le fue imposible lograrlo; por todas partes encontró una roca de hielo.

Sólo podía esperarse un fin desastroso, al que debía proceder una horrible agonía.

El humo, introduciéndose en la garganta de los desgraciados, le causaba una molestia intolerable. No debía tardar mucho en faltarles por completo el aire.

Entonces se levantó María. Su presencia, que era la desesperación de Juan Cornbutte, reanimó el valor de Penellán, que no podía creer que aquella pobre joven estuviera condenada a morir de un modo tan horrible, como el que era de temer, si Dios no intervenía a favor de ellos.

-¿Qué ocurre? preguntó María-. Habéis echado demasiada leña al fuego y la casa está llena de humo.

-Sí, sí, eso es -tartamudeó el timonel.

-Ya lo veo -repuso María-, pero no había necesidad, porque no hace frío. Nunca hemos tenido tanto calor como ahora.

Ninguno se atrevió a revelarle la verdad.

-Vamos, María -dijo Penellán-, ayuda a preparar el almuerzo, porque hace demasiado frío para salir. Ahí está la cocinilla, el alcohol y el café, y puesto que este tiempo maldito nos impide ir a cazar, tomemos primero un poco de penmican.

Estas palabras reanimaron a sus compañeros.

-Si, como es probable, la tempestad dura todavía, debemos estar enterrados diez pies bajo el hielo, porque no se oye ningún ruido fuera.

Penellán miró a María, quien se dio cuenta de lo que ocurría, sin asustarse.

El timonel aproximó a la llama del espíritu de vino la punta de su bastón ferrado y, cuando ésta estuvo enrojecida, la introdujo sucesivamente en las cuatro paredes de la casa de hielo, pero en ninguna de ellas encontró salida.

Juan Cornbutte resolvió entonces hacer una abertura en la misma puerta de la casa; pero el hielo era tan duro que las cuchillas apenas podían cortarlo.

Los pedazos que, al fin, se lograba arrancar fueron llenando la casa; pero, esto
no obstante, en dos horas de este trabajo tan penoso, no se había profundizado sino tres pies.

Fue preciso pensar en un medio más rápido y menos susceptible de conmover la casa, porque cuanto más se avanzaba, el hielo era más duro y se necesitaban mayores esfuerzos para arrancarlo.

A Penellán se le ocurrió valerse de la cocinilla de alcohol para derretir el hielo en la dirección deseada, pero éste era un medio arriesgado porque, si la prisión se prolongaba, llegaría a faltarles combustible, del que les quedaba muy poca cantidad, para preparar las comidas.

Sin embargo, el proyecto fue aprobado por todos e inmediatamente se procedió a ponerlo en práctica.

Se abrió, en primer lugar, un hoyo de tres pies de profundidad y un pie de diámetro para recoger el agua procedente del deshielo, y no hubo que arrepentirse de esta operación, porque, en efecto, el agua no tardó en correr bajo la acción del fuego que Penellán paseaba por la masa de nieve endurecida.

La abertura iba agrandándose poco a poco, pero no se podía prolongar mucho tiempo la operación, porque el agua, cayendo sobre la ropa, la calaba de parte a parte.

Penellán tuvo que cesar en su trabajo al cabo de un cuarto de hora y retirar la cocinilla para secarse él; pero no tardó en reemplazarlo Misonne, quien puso en la operación el mismo ardor que el timonel.

En dos horas de trabajo se había abierto en el hielo una galería de cinco pies de profundidad, pero el bastón ferrado no pudo encontrar salida aún.

-No es posible que haya caído tanta nieve -dijo Juan Cornbutte-. Para que aquí se encuentre en tanta abundancia es preciso que el viento la haya amontonado. Quizás debimos intentar escapar por otra parte.

-No sé respondió Penellán-; pero tendremos que privarnos del café y de las demás bebidas calientes. Sin embargo, no es esto lo que más me inquieta.

-¿Qué es, pues, Penellán? -preguntó Juan Cornbutte.

-Que la lámpara va a apagarse por falta de aceite y que los víveres se terminan. En fin, confiemos en Dios.

Luego, Penellán fue a relevar a Andrés Vasling, que trabajaba con ahínco por la salvación común.

-Señor Vasling -le dijo-, voy a ocupar su puesto; pero le ruego que vigile bien, para que avise en seguida que advierta el menor síntoma de desplome, para que tengamos tiempo de contenerlo.

Cuando llegó el momento de descansar, Penellán, que había agrandado la galería un pie más, fue a acostarse cerca de sus compañeros.

CAPÍTULO XI
UNA NUBE DE HUMO

A la mañana siguiente, cuando los marineros se despertaron, encontráronse envueltos en la más completa oscuridad. La lámpara se había apagado.

Juan Cornbutte despertó a Penellán para pedirle el eslabón, que el timonel se apresuró a entregarle.

Éste se levantó para encender la cocinilla, y, al hacerlo, tropezó su cabeza en el techo de la casa. Como la víspera podía estarse en pie todavía en ella, se atemorizó al advertir que el techo había descendido notablemente, cosa que pudo comprobar, después de encender la lamparilla, a la indecisa luz de hornillo de alcohol.

Penellán empezó a trabajar con furia.

María, que despertó en aquel momento, vio, a los resplandores que proyectaba la luz en la ruda fisonomía del timonel, reflejada la lucha que sostenían la desesperación y la voluntad del bravo marino.

Se aproximó a él, le cogió las manos y se las estrechó con ternura.

El valor de Penellán se reanimó.

-¡No puede morir de este modo! -exclamó.

Y con vigor extraordinario reanudó el trabajo, volviendo a hacer uso de la cocinilla.

Un instante después, introdujo con fuerza su bastón ferrado en la masa de nieve que estaba perforando y no encontró resistencia. ¿Había llegado a las capas blandas de la nieve? Retiró en seguida el bastón, y un brillante rayo de luz penetró al punto en la casa de hielo.

-¡Ayudadme, amigos míos! ¡Ayudadme! -gritó, repeliendo la nieve con pies y manos al mismo tiempo.

Pero la superficie exterior no estaba, como él había creído, deshelada, y juntamente con el rayo de luz penetró en la casa un frío intensísimo que inmediatamente solidificó todas las partes húmedas.

Con ayuda de la cuchilla ensanchó Penellán la abertura, logrando, al poco rato, respirar el aire libre.

Al salir fuera de la casa, lo primero que hizo el timonel fue hincarse de rodillas y dar gracias a Dios por haberlo libertado de la prisión. María y los demás compañeros no tardaron en unirse a él.

Una luna magnífica brillaba, a la sazón, en el espacio con todo su esplendor; pero el frío que hacía era tan intenso, que los marineros no lo pudieron soportar.

Todos volvieron a entrar en la casa de nieve; pero Penellán, antes de hacerlo, miró en torno suyo y vio que el promontorio no se encontraba allí. La casa estaba en medio de una inmensa planicie de hielo, y el trineo, con las provisiones y todos los demás efectos de los expedicionarios, había desaparecido.

El frío le obligó a cesar en sus observaciones y entró en la casa; pero a sus compañeros no dijo nada de cuanto acababa de ver.

El termómetro marcaba treinta grados bajo cero.

Una hora después, Andrés Vasling y Penellán, que decidieron arrostrar el frío exterior, se arrebujaron en sus ropas, húmedas aún, y salieron

de la casa por la abertura practicada en ella, cuyas paredes habían adquirido la dureza del granito.

Andrés Vasling, orientándose por las estrellas, que brillaban con extraordinario fulgor, dijo:

-Hemos sido arrastrados al Nordeste.

-Eso no importaría mucho -contestó Penellán-, si el trineo nos hubiera acompañado.

-Pero, ¿no está el trineo ahí? preguntó Andrés Vasling-. Entonces estamos perdidos.

-Vamos a buscarlo -repuso Penellán.

Y, dicho esto, uno y otro dieron vuelta a la casa, que se había convertido en una mole de más de quince pies de altura. Había nevado muy copiosamente durante la tempestad, y la nieve había sido acumulada por el viento sobre la única prominencia que existía en la llanura. Después, el mismo viento había arrastrado toda la mole, por en medio de los témpanos destrozados, a una distancia de más de veinticinco millas al Nordeste y, prisioneros dentro de aquella cárcel flotante, habían sido arrastrados también los expedicionarios.

El trineo, arrastrado sobre otro bloque de hielo, había sin duda derivado hacia otra parte, porque no se veía el menor rastro de él. Los perros habían debido sucumbir durante la espantosa tempestad.

Andrés Vasling y Penellán sintieron que se apoderaba de su alma la más negra desesperación.

Por no atreverse a comunicar a sus compañeros de infortunio la fatal noticia, se resistían a volver a entrar a la casa de nieve.

Subieron sobre el bloque de hielo de que formaba parte la casa, miraron en todas direcciones y sólo vieron la inmensa llanura blanca.

Ya el frío entumecía sus miembros, y la humedad de la ropa se transformaba en carámbanos que les colgaban de todas partes.

En el momento en que Penellán iba a descender del montículo, dirigió la vista a Andrés Vasling, que estaba mirando ávidamente hacia un lado, y advirtió que se estremecía.

-¿Qué tiene usted, señor Vasling? -le preguntó.

-Nada -respondió el segundo del bergantín-. Descendamos y apresurémonos a abandonar estos parajes, que no debimos pisar jamás.

Pero Penellán, lejos de obedecer, subió a lo más alto y dirigió la vista hacia el lado que había atraído la atención de Vasling. El resultado de esta observación produjo al timonel un efecto muy distinto del que había producido al segundo del bergantín.

-¡Loado sea Dios! -exclamó, lanzando un grito de alegría.

Hacia el Nordeste elevábase al espacio una ligera humareda. No, no se había equivocado. Allí había seres animados.

Los gritos de alegría proferidos por Penellán hicieron salir de la casa a los demás expedicionarios, quienes se convencieron por sus propios ojos de que el timonel no se había engañado.

Inmediatamente, sin preocuparse por la falta de víveres, sin tener en cuenta el extremado rigor de la temperatura, envueltos en sus capuchones, avanzaron todos precipitadamente al lugar señalado por Penellán.

El humo se veía hacia el Nordeste y esta dirección siguió la caravana. El lugar a que se pretendía llegar distaba cinco o seis millas, que eran muy difíciles de recorrer sin exponerse a graves riesgos.

La humareda había desaparecido y en la inmensa planicie helada no había elevación alguna que pudiera servir a la caravana para orientarse. Importaba, sin embargo, no apartarse de la línea recta.

-Puesto que en las lejanías no hay objeto alguno que nos pueda guiar -dijo Juan Cornbutte-, vamos a emplear el medio siguiente: Penellán marchará delante; a veinte pasos detrás de él irá Vasling, y a otros veinte pasos de Vasling seguiré yo, y así podré apreciar si el timonel se aparta o no de la línea recta.

A la media hora de camino, se detuvo Penellán de pronto, poniéndose a escuchar. Inmediatamente se acercaron a él los demás marineros.

-¿No han oído ustedes nada? -preguntó el timonel.

-Absolutamente nada -respondió Misonne.

-¡Es singular! -exclamó Penellán-. Me ha parecido oír gritos hacia este lado.

-¿Gritos? -preguntó María-. ¿Será posible que estemos cerca de nuestro objeto?

-No hay motivo suficiente para creer eso -respondió Andrés Vasling-, porque en estas elevadas latitudes y con este frío tan grande, el sonido recorre distancias extraordinarias.

-De todos modos -dijo Juan Cornbutte-, caminemos si no queremos quedarnos helados.

-No -repuso Penellán-, escuchen ustedes.

Y, efectivamente, oíanse algunos sonidos débiles, pero perceptibles, que parecían gritos de dolor y de angustia.

Estos gritos se renovaron dos veces. Habría podido decirse que algún ser humano imploraba socorro.

Luego, todo quedó sumido en el más profundo silencio.

-No, no me he engañado -dijo Penellán-. ¡Adelante!

Y empezó a correr en dirección de los gritos, y, corriendo, anduvo unas dos millas; pero de pronto, se detuvo estupefacto al encontrarse a un hombre tendido sobre el hielo. Aproximose a él, lo incorporó, le miró el rostro y, luego, alzó los brazos al cielo, con gran desesperación.

Andrés Vasling, que seguía de cerca al timonel con el resto de los marineros, acudió en seguida y, al ver al hombre tendido en el suelo, exclamó:

-¡Es uno de los náufragos! ¡Es nuestro marinero Cortrois!

-¡Ha muerto! -replicó Penellán-. ¡Ha muerto de frío!

Juan Cornbutte y María se acercaron al cadáver, que el hielo había puesto ya rígido. Todos los rostros reflejaron la más profunda desesperación: ¡el muerto era uno de los compañeros de Luis Cornbutte!

-¡Adelante! -exclamó Penellán.

Y los expedicionarios reanudaron la marcha, sin que ninguno de ellos pronunciase una palabra.

Al cabo de media hora divisaron una prominencia que seguramente debía ser la tierra, y Juan Cornbutte dijo:

-¡Es la isla de Shannon!

Anduvieron una milla más y vieron salir de una pequeña casa de nieve, cerrada por una puerta de madera, una columna de humo. Gritaron, y sus gritos tuvieron la virtud de hacer salir de la casa a dos hombres, en unos de los cuales reconoció Penellán a Pedro Nouquet.

-¡Pedro! -exclamó.

Este se quedó inmóvil y como atontado, sin conciencia de lo que pasaba en torno suyo.

Andrés Vasling miraba con inquietud, no exenta de cruel alegría, al compañero de Pedro Nouquet, porque no veía a Luis Cornbutte.

-¡Pedro! ¡Soy yo! -exclamó Penellán-. ¡Somos todos amigos tuyos!

Pedro Nouquet, volviendo en sí, cayó en los brazos de su viejo compañero.

-¿Y mi hijo? ¿Y Luis? -preguntó Juan Cornbutte, con acento de la más profunda desesperación.

CAPÍTULO XII
REGRESO AL BERGANTÍN

En aquel momento, un hombre casi moribundo salió de la casa arrastrándose sobre el hielo.

Era Luis Cornbutte.

-¡Hijo mío!

-¡Amado mío!

Estos dos gritos fueron pronunciados al mismo tiempo, y Luis Cornbutte cayó desvanecido en los brazos de su padre y de María, que lo

condujeron a la casa, donde, a fuerza de cuidados, consiguieron reanimarlo.

-¡Padre mío! ¡María! -exclamó Luis Cornbutte-. ¡Loado sea Dios, que ha permitido que os vea antes de morir!

-No morirás -respondió Penellán-, porque todos tus amigos están a tu lado. Necesariamente debía de ser muy grande el odio que Andrés Vasling tuviera a Luis Cornbutte para no estrecharle la mano; pero es lo cierto que no se la estrechó.

La alegría tenía fuera de sí a Pedro Nouquet, que no cesaba de abrazar a todo el mundo. Luego, echó leña a la estufa, y, al poco rato, reinaba en la casita una temperatura bastante agradable.

Allí había otros dos hombres, a quienes ni Juan Cornbutte ni Penellán conocían. Eran Jocki y Herming, los dos únicos marineros noruegos que quedaban de la tripulación del Frooern.

-¿Pero es cierto, queridos amigos, que estamos salvados? -dijo Luis Cornbutte-. ¡Padre mío! ¡María! ¿Por qué os habéis expuesto a tantos peligros?

-No nos pesa, hijo mío -respondió Juan Cornbutte-. Tu bergantín, La Joven Audaz, está sólidamente anclado entre los hielos, a sesenta leguas de aquí. A él iremos todos juntos.

-¡Qué contento va a ponerse Cortrois -dijo Nouquet-, cuando al volver les encuentre a ustedes aquí!

Esta exclamación fue acogida con un triste silencio, que interrumpió Penellán para notificar a Pedro Nouquet y a Luis Cornbutte la muerte de su compañero, a quien el frío había matado.

-Amigos míos -dijo luego Penellán, esperamos aquí a que el frío disminuya. ¿Tenéis provisión de víveres y de leña?

-Sí, quemaremos lo que nos queda del Frooern.

Efectivamente, el Frooern había sido empujado por los vientos a cuarenta millas del lugar en que invernaba Luis Cornbutte. Allí fue destrozado por los hielos flotantes, y los náufragos se vieron arrojados a la orilla meridional de la isla de Shannon, justamente con una parte de los despojos del buque, que les sirvió para construir la cabaña.

Los náufragos eran entonces cinco: Luis Cornbutte, Cortrois, Pedro Nouquet, Jocki y Herming. Los demás tripulantes noruegos se habían sumergido en el mar con la chalupa en el momento del naufragio.

Tan pronto como Luis Cornbutte, arrastrado por los hielos, vio que éstos se cerraban en torno de él, formando una sola masa, adoptó las medidas necesarias para invernar. Era un hombre enérgico, sumamente activo y estaba dotado de gran valor; pero, esto no obstante, había sido vencido por aquel clima horrible y, cuando su padre lo encontró, no esperaba ya sino la muerte.

Además, no eran los elementos los únicos enemigos con que tenía que luchar, sino que también tenía que habérselas con los dos marineros noruegos, que no le querían bien a pesar de deberle la salvación.

Estos hombres eran dos salvajes, que casi carecían de sentimientos naturales, y, por eso, cuando Luis Cornbutte pudo hablar a solas con Penellán, le recomendó mucho que desconfiase de ellos.

En cambio, Penellán informó de la conducta de Andrés Vasling a Luis Cornbutte, que se resistió a creerlo; pero el timonel le demostró que, desde su desaparición, el segundo del bergantín había procedido de manera de asegurarse la mano de María.

El día fue dedicado por completo al descanso y a las expansiones naturales de personas que se vuelven a ver después de una larga ausencia, durante la cual se ha temido que los seres amados hayan desaparecido para siempre.

Fidel Misonne y Pedro Nouquet cazaron algunos pájaros de mar, cerca de la casa, de la que no era prudente alejarse, y estos víveres frescos y el fuego, que no se cesó de reanimar, devolvieron la fuerza a los más débiles. Hasta Luis Cornbutte experimentó una gran mejoría. Era el primer momento de placer que aquella honrada gente tenía, y lo celebraron con entusiasmo delirante en la miserable cabaña construida a seiscientas leguas de su país, en los mares del Norte, donde había una temperatura de treinta grados bajo cero.

El frío no disminuyó en intensidad hasta el fin de la luna, por lo que fue imposible a Juan Cornbutte y sus compañeros pensar en el regreso hasta el 17 de noviembre, es decir, ocho días después de haber sido encontrados los náufragos por los exploradores. A la sazón, sólo podían guiarse por la luz de la estrellas, pero el frío era bastante menos intenso. Además, había caído una ligera nevada.

Antes de ponerse en marcha para dirigirse al bergantín, se abrió una tumba para sepultar el cadáver del infortunado Cortrois, ceremonia que impresionó hondamente a sus compañeros. De los salvados del naufragio era el primero que fallecía sin ver de nuevo a su amada patria.

Para poder transportar más cómodamente las provisiones, construyó Misonne con las tablas de la cabaña una especie de trineo, que debía ser arrastrado por los marineros, turnándose.

Al fin, se emprendió la marcha, bajo la dirección de Juan Cornbutte, quien condujo a la caravana por los parajes ya conocidos.

Cuando llegaba la hora del reposo, el campamento se organizaba rápidamente. Como el aumento de cuatro personas hacía disminuir notablemente las provisiones, Juan Cornbutte tenía especial cuidado en no separarse del camino ya recorrido con objeto de encontrar los depósitos de víveres que, a la ida, había ido dejando en el trayecto y que eran casi indispensables.

Por fortuna providencial, fue recuperado el trineo, que había quedado varado cerca del promontorio donde los expedicionarios habían arrostrado numerosos peligros. Los perros que los arrastraban, después de comerse las correas para saciar el hambre, habían atacado a las provisiones, de las que todavía quedaba gran cantidad. Los mismos animales guiaron a la comitiva hasta el trineo.

La caravana, ya mejor provista de víveres, prosiguió caminando hacia la bahía de invernada. Los perros fueron nuevamente enganchados al trineo, y así se continuó caminando, sin que ocurriera ningún incidente que interrumpiese la expedición.

Durante la marcha, se observó que Aupic, Andrés Vasling y los dos marineros noruegos formaban grupo aparte y se abstenían de hablar con los demás compañeros; pero éstos los vigilaban muy de cerca, sin que los disidentes lo advirtiesen.

A Luis Cornbutte y a Penellán inspiraba, sin embargo, serios temores esta disensión.

El 7 de diciembre, es decir, veinte días después de haber sido encontrados los náufragos, divisó la caravana la bahía en que estaba anclado el bergantín La Joven Audaz, que, ¡cosa inaudita!, se encontraba colgado en el aire, sobre unos bloques de hielo, a más de cuatro metros de altura.

La comitiva, inquieta por la suerte que hubiera cabido a sus compañeros, corrió hacia el bergantín, donde fue recibida con gritos de júbilo por Gervique, Turquiette y Grandlin.

Éstos se encontraban, afortunadamente, en buen estado de salud, aunque habían estado expuestos a muy serios peligros, porque la tempestad, que se había extendido por todo el mar Glaciar, había roto los hielos, que, variando de lugar y deslizándose unos sobre otros, habían conmovido el lecho sobre el que descansaba el bergantín. Éste se encontró de repente levantado fuera de los límites superficiales del mar, a causa de haberse elevado sobre el agua los carámbanos que, en virtud de su peso específico, adquirieron, al romperse, una incalculable fuerza ascensional.

Al llegar la caravana al bergantín, todos se entregaron a la alegría, regocijándose los exploradores de haber encontrado las cosas en buen estado, lo que les permitía esperar que pasarían un invierno soportable en medio de su natural inclemencia.

El bergantín se conservaba en buen estado, a pesar de los movimientos que había sufrido, así es que cuando llegara el deshielo bastaría deslizarlo sobre un plano inclinado para lanzarlo al mar libre.

Pronto, sin embargo, se ensombrecieron los rostros de Juan Cornbutte y sus compañeros, porque no tardaron en saber que el almacén de nieve, construido en la costa para los víveres, había quedado casi completamente desmantelado durante la terrible borrasca.

Al informarse de esta desgracia, Juan y Luis Cornbutte visitaron la bodega y repostería del bergantín para calcular el tiempo que se podría vivir con las provisiones que quedaban, y aminorar las raciones cuanto fuese necesario para que los víveres durasen hasta la época del deshielo.

Éste no era de esperar que llegase antes del mes de mayo y el bergantín no podría salir de la bahía hasta algún tiempo después. Era, por consiguiente, necesario, pasar cinco meses aprisionados entre los hielos, durante cuyo tiempo tenían que alimentarse catorce personas. Hecho el cálculo oportuno, se vino en conocimiento de que los víveres de que se disponía llegarían, a lo sumo, hasta el momento de la partida, poniendo a todos a media ración. No podía, por lo tanto, prescindirse de la caza, si se quería obtener alimentación más abundante.

Para evitar que esta desgracia se repitiera, se resolvió no depositar más víveres en tierra y guardarlos todos a bordo.

También se resolvió, y así se hizo efectivamente, colocar camas en la cámara común de los marineros, para los recién llegados.

Durante la ausencia de los expedicionarios, habían abierto Turquiette, Gervique y Grandlin una escalera en el hielo que facilitaba el acceso al puente del bergantín.

CAPÍTULO XIII
LOS DOS RIVALES

Atraídos mutuamente por no se sabe qué misteriosa simpatía, Andrés Vasling y los dos marinos noruegos habíanse unido por una estrecha amistad. A este grupo, que permanecía generalmente separado de los demás y desaprobaba cuantas medidas se adoptaban, habíase agregado Aupic; pero Luis Cornbutte, a quien su padre había entregado el mando del bergantín y que como jefe a bordo no podía permitir ninguna clase de insubordinaciones, hizo saber imperiosamente que quería ser obedecido, a pesar de los consejos de María, que le recomendaba que adoptase medios suaves.

Sin embargo, los noruegos consiguieron, pocos días después, apoderarse de una caja de carne salada. Luis Cornbutte exigió que la devolvieran, pero Aupic se puso a favor de aquéllos, y Andrés Vasling no se ocultó para manifestar que las disposiciones adoptadas respecto a la alimentación no podían durar más tiempo.

No había que probar a los ladrones que se trataba del interés común, porque ellos lo sabían y sólo buscaban un pretexto para rebelarse. Penellán avanzó hacia los dos noruegos, que sacaron a relucir sus cuchillos; pero

secundado el timonel por Misonne y Turquiette, consiguió quitárselos y recobró la caja de la carne salada.

Andrés Vasling y Aupic, al ver que la cuestión se volvía contra ellos, se abstuvieron de intervenir; pero, esto no obstante, Luis Cornbutte llevose al segundo aparte y le dijo:

-Andrés Vasling, es usted un miserable. Conozco toda su conducta y sé el objeto que se propone; pero como tengo el deber de velar por la salvación de todos, si hay alguno de ustedes que piense en buscar su pérdida, lo apuñalaré con mi propia mano.

-Luis Cornbutte -respondió el segundo del bergantín-, le es fácil hacer alarde de autoridad; pero no olvide que aquí no hay obediencia jerárquica y sólo el más fuerte impone la ley.

La joven, a quien los numerosos peligros de los mares polares no habían hecho temblar nunca, tuvo miedo ante el odio que por su causa se tenían mutuamente Andrés Vasling y Luis Cornbutte, sin que la energía de este último pudiese tranquilizarla.

La guerra entre el capitán y el segundo del bergantín estaba declarada; pero las comidas continuaron haciéndose en común y a las mismas horas.

La caza proporcionó todavía algunos ptarmiganos y liebres blancas; pero, con la aproximación de los fríos, este recurso iba a faltar también.

Los fríos comenzaron efectivamente en el solsticio, el 22 de diciembre, día en que el termómetro descendió hasta los treinta y cinco grados bajo cero. Los invernantes tuvieron dolores en las orejas, en la nariz y en todas la extremidades del cuerpo, y fueron presa de un entorpecimiento mortal, acompañado de vahídos y dificultad en la respiración.

En semejante estado, no se atrevían a salir a cazar ni hacer ejercicio, y pasaban el tiempo acurrucados alrededor de la estufa, que no les daba mucho calor, a pesar de lo cual, cuando se apartaban de ella un poco, sentían que la sangre se les enfriaba súbitamente en las venas.

Juan Cornbutte, que no podía ya salir de su camarote, comprendió que su salud estaba gravemente comprometida, porque tenía síntomas de escorbuto: las piernas se le habían llenado de manchas blancas.

María, que se encontraba bien, ocupábase en cuidar a los enfermos con la solicitud de una hermana de la Caridad, por lo que todos aquellos bravos marineros la bendecían desde el fondo de su corazón.

El 1° de enero fue uno de los días más tristes de la invernada. El viento soplaba con extraordinaria violencia y el frío era insoportable. No se podía salir sin exponerse a quedarse helado. Los más osados se limitaban a pasear sobre el puente, que estaba protegido por un toldo. Juan Cornbutte, Gervique y Grandlin no pudieron abandonar ya el lecho. Los dos noruegos,

Aupic y Andrés Vasling, cuya salud se sostenía, miraban con ferocidad a sus compañeros, a quienes veían desmejorarse.

Luis Cornbutte, llevándose a Penellán al puente, le preguntó dónde estaban las provisiones de combustible.

-El carbón se terminó hace ya muchos días -repuso Penellán- y vamos a quemar los últimos trozos de madera.

-Si no tenemos medio de combatir este frío -dijo Luis Cornbutte-, estamos perdidos.

-Nos queda un medio -replicó Penellán-, y es el de quemar lo que podamos de nuestro bergantín, desde las cintas hasta la línea de flotación, y hasta podríamos deshacerlo por completo y reconstruir otro más pequeño, en caso de extrema necesidad.

-Es un recurso extremo, efectivamente -respondió Luis Cornbutte-; pero siempre habrá tiempo de emplearlo, cuando nuestros hombres estén útiles, porque -agregó en voz baja- nuestras fuerzas disminuyen y las de nuestros enemigos aumentan, según parece. ¡Esto es muy extraordinario!

-Es verdad -repuso Penellán-, y sin la precaución que hemos adoptado de vigilarlos noche y día, no sé lo que llegaría a ocurrir.

-Tomemos nuestras hachas -aconsejó Luis Cornbutte- y hagamos nuestra provisión de leña.

A pesar del frío tan intenso que hacía,
el capitán y el timonel subieron sobre las cintas de proa y cortaron toda la madera que no era de utilidad indispensable para el bergantín, y con este combustible fue nuevamente rellenada la estufa, a cuyo lado se quedó un hombre de guardia para impedir que se apagase.

Esto no obstante, Luis Cornbutte y sus amigos se encontraban profundamente abatidos, porque, no pudiendo confiar a sus enemigos ningún detalle de la vida en común, tenían que efectuar todos los trabajos domésticos y las fuerzas empezaban a abandonarles.

El escorbuto se declaró, al fin, a Juan Cornbutte, que sufría dolores intolerables, y Gervique y Grandlin comenzaron también a ser atacados por la terrible enfermedad. Sin el zumo de limón, de que estaban abundantemente provistos, estos desgraciados no habrían tardado en sucumbir a sus sufrimientos. Por esta razón, no se les escatimó este remedio soberano.

Pero un día, el 15 de enero, cuando Luis Cornbutte descendió a la despensa para renovar las provisiones de limón, quedose estupefacto al ver que habían desaparecido los barriles en que se guardaban. Subió inmediatamente, tan de mal humor como se puede suponer, y le notificó a Penellán esta nueva desgracia. Se había cometido un robo y no había necesidad de discurrir mucho para adivinar quiénes eran los ladrones. Luis Cornbutte comprendió entonces por qué la salud de sus enemigos no se

resentía. Sus adictos no tenían ya las fuerzas necesarias para recuperar por la violencia las provisiones, de que dependían su vida y la de sus compañeros.

Luis Cornbutte, por primera vez, quedó abismado en la más profunda desesperación.

CAPÍTULO XIV
HORAS DE ANGUSTIA

El 20 de febrero estaban tan abatidos aquellos infortunados, que la mayor parte de ellos no tenían fuerzas para levantarse, y veíanse obligados a permanecer en el lecho.

Cada uno de ellos tenía, además de sus mantas de lana, una piel de búfalo que lo preservaba del frío; pero ninguno podía sacar un brazo al aire, porque tan pronto como lo intentaba le acometía tal dolor que inmediatamente se veía obligado a meterlo entre la ropa.

Cuando Luis Cornbutte hubo encendido la estufa, Penellán, Misonne y Andrés Vasling se levantaron de la cama y se colocaron cerca del fuego. El timonel preparó enseguida el café y lo sirvió a sus compañeros, quienes recobraron un tanto las fuerzas. María también tomó este frugal desayuno.

Luis Cornbutte se acercó luego al lecho en que gemía su padre, que casi no podía moverse y tenía las piernas imposibilitadas por la enfermedad.

El anciano marinero no cesaba de murmurar palabras vacías de sentido, que desgarraban al hijo el corazón.

-¡Luis, voy a morirme! -exclamaba-, ¡Oh! ¡Sufro mucho! ¡Sálvame!

Luis Cornbutte adoptó una resolución decisiva. Se dirigió a Andrés Vasling y, haciendo esfuerzos supremos por contener la cólera que lo dominaba, le preguntó:

-¿Sabe dónde están los limones?

-Supongo que en la despensa -contestó el segundo del bergantín, sin desconcertarse.

-Sabe usted muy bien que no están allí, puesto que los ha robado.

-Luis Cornbutte, como es usted el amo, puede permitirse decir y hacer cuanto se le antoje -respondió Andrés Vasling con ironía.

-¡Por piedad, Vasling! ¡Mi padre se muere y usted puede salvarlo! Responda: ¿dónde están los limones?

-No tengo nada que responder.

-¡Miserable! -rugió Penellán, avanzando hacia el segundo navaja en mano. -¡Aquí los míos! -voceó Andrés Vasling, retrocediendo algunos pasos.

Al oír esto, saltaron inmediatamente del lecho Aupic y los dos noruegos, que corrieron a colocarse detrás del segundo del bergantín.

Misonne, Turquiette, Penellán y Luis Cornbutte se apercibieron para la defensa. Pedro Nouquet y Grandlin se apresuraron a levantarse, a pesar de los muchos dolores que sufrían, para ponerse al lado del capitán.

-¡Sois todavía muy fuertes para nosotros, y no nos batiremos hasta que tengamos la seguridad de vencer! -dijo entonces Andrés Vasling.

Los marineros se encontraban tan débiles, que no se atrevieron a acometer a los cuatro miserables que se habían declarado enemigos suyos, porque si no triunfaban quedaban irremisiblemente perdidos.

-¡Andrés Vasling -dijo Luis Cornbutte, con la voz helada por la emoción y por la rabia-, si mi padre se muere, tú lo habrás matado! Pero ¡desgraciado de ti, si esto ocurre, porque te mataré como a un perro!

El segundo del bergantín y sus cómplices se retiraron al otro extremo, sin responder. Entonces, como hubiera necesidad de renovar la provisión de leña, Luis Cornbutte, a pesar del intenso frío que hacía, salió al puente y se puso a cortar parte de las cintas del bergantín; pero viose obligado a abandonar este trabajo un cuarto de hora después, para no quedarse helado. Al pasar, dirigió la mirada al termómetro, que estaba a la intemperie, y vio que el mercurio se había congelado en la cubeta. A la sazón, el tiempo estaba seco y despejado, y el viento soplaba del Norte.

El día 26 varió de dirección el viento, que empezó a soplar del Nordeste, y el termómetro colocado al aire libre señaló treinta y cinco grados bajo cero.

Juan Cornbutte estaba agonizando, y su hijo Luis, que inútilmente había tratado de aliviar sus dolores, estaba entregado a la más profunda desesperación, por considerarse impotente para prolongar la vida del bondadoso anciano.

Aquel día, se arrojó de improviso sobre Andrés Vasling, para arrebatarle un limón que estaba chupando. El segundo del bergantín no se movió para recuperar la presa. Esperaba, sin duda, una ocasión propicia para llevar a cabo sus criminales y odiosos proyectos.

El zumo de limón reanimó algo las fuerzas de Juan Cornbutte; mas para que se curara, era preciso continuar proporcionándole el remedio, y su hijo no lo tenía.

En estas circunstancias, postróse María a los pies de Andrés Vasling suplicándole que le dijera dónde había ocultado los limones; pero el miserable no le contestó siquiera.

Entonces oyó Penellán que el segundo del bergantín decía a sus cómplices:

-¡El viejo está ya agonizando! Gervique, Grandlin y Pedro Nouquet no valen para nada, y los otros se encuentran cada día más débiles. Se acerca,

por consiguiente, el momento de que seamos dueños de la situación y de que la vida de nuestros enemigos nos pertenezca.

Al enterarse de esto, Luis Cornbutte y sus compañeros resolvieron aprovechar las escasa fuerzas que les quedaban y matar, durante la noche siguiente, a los miserables que los habían sentenciado a ellos a muerte, antes de que los enemigos los exterminaran.

No se podía esperar más tiempo, porque, si no se apresuraban, se debilitarían de tal modo que les sería imposible defenderse si, como era de esperar, llegaban a ser acometidos.

La temperatura había subido un poco, y Luis Cornbutte cogió su fusil y se aventuró a salir de caza.

Se alejó unas tres millas del bergantín, porque, engañado frecuentemente por los defectos del espejismo, cuando pretendía acercarse, se separaba más. Fue una imprudencia, porque en el suelo había huellas recientes de animales feroces.

Sin embargo, Luis Cornbutte no quiso regresar sin haber cazado alguna pieza, y prosiguió su camino; pero, entonces, sintió una impresión singular que le trastornó la cabeza. Fue lo que se ha dado en llamar «el vértigo de la blancura».

Efectivamente, la reflexión de los montículos de hielo y de la vasta planicie le trastornaba completamente, de modo tal que le ocasionaba una desazón que se revelaba en sus ojos y le extraviaba la vista. Temió que la blancura le hiciera perder el juicio.

Sin hacer caso de este efecto terrible, prosiguió caminando y no tardó en descubrir un ánade, que persiguió tenazmente para apoderarse de él. El ave cayó pronto muerta, y para cogerla pasó Luis Cornbutte de uno a otro montículo de hielo hasta que rodó pesadamente al suelo, por haber dado un salto de diez pies cuando creía haberlo dado sólo de dos.

Acometido por el vértigo, empezó a gritar, sin saber por qué, pidiendo auxilio y en el suelo permaneció varios minutos dando voces, a pesar de no haber sufrido fractura alguna en la caída. El frío, que empezó a invadirle, le devolvió el instinto de conservación, y se levantó torpemente.

De pronto, percibió su olfato cierto olorcillo a grasa quemada, cuya procedencia no acertaba a explicarse; pero como él estaba a contraviento del bergantín, supuso que venía de allí, aunque no podía adivinar el objeto que se proponían sus compañeros al quemar grasa, sabiendo que esta operación es muy peligrosa por tener la virtud de atraer con sus emanaciones a los osos blancos.

Sumamente preocupado, emprendió Luis Cornbutte el regreso al bergantín, no tardando su preocupación en convertirse en terror al divisar en el horizonte unas masas

blancas que se movían, porque llegó a temer que se tratara de un terremoto de hielos.

Como algunas de aquellas masas se interpusieron entre él y el bergantín, creyó que subían por las bardas del barco, y se detuvo para observarlas más atentamente. Entonces vio que eran una manada de osos gigantescos y se quedó aterrorizado.

Los plantígrados habían sido atraídos por el olor de la grasa que tanto había sorprendido a Luis Cornbutte.

Éste se apresuró a refugiarse detrás de un cerro, y desde allí vio que tres osos escalaban los bloques de hielo que servían de sostén a La Joven Audaz.

Como no había indicio alguno que revelase que en el interior del bergantín fuese conocido el peligro, Luis Cornbutte, con el corazón oprimido por una terrible angustia, y tembló por su padre, por su amada y por sus compañeros. ¿Cómo contener a tan formidables fieras? ¿Se unirían todos los hombres de la tripulación, amigos y enemigos, para defenderse del común peligro? ¿Podrían Penellán y sus compañeros hacer resistencia a los plantígrados carniceros, estando hambrientos los osos y famélicos y entorpecidos por el frío los hombres? ¿No sería él mismo atacado de improvisto por las fieras?

Todas estas reflexiones cruzaron en un momento por la mente de Luis Cornbutte, cuyo espanto era cada vez mayor.

Los osos, que habían trepado ya sobre los bloques de hielo en que asentaba el bergantín, subían para asaltarlo. Entonces se decidió Luis Cornbutte a abandonar el lugar en que había buscado refugio y, aproximándose a rastras al barco, vio que las fieras rasgaban con las zarpas el toldo que cubría el puente y saltaban a éste.

Se le ocurrió disparar su fusil par dar a sus compañeros aviso del peligro que corrían; pero por si por casualidad subían éstos al puente desprevenidos, y sin armas, serían inevitablemente despedazados, porque, como ya hemos dicho, nada revelaba que tuviesen conocimiento del peligro que los amenazaba.

Luis Cornbutte, pues, se abstuvo de disparar.

CAPÍTULO XV
LOS OSOS BLANCOS

Después que Luis Cornbutte hubo salido del bergantín para ir a cazar, cerró Penellán cuidadosamente la puerta de la cámara, que estaba en la parte

inferior de la escalera del puente, y volvió al lado de la estufa para encargarse de guardarla, mientras sus compañeros se metían en el lecho, donde esperaban encontrar algún calor.

Eran las seis de la tarde, y el timonel, creyendo llegada la hora de preparar la cena, bajó a la bodega para buscar la carne salada que se proponía cocer.

Al subir de nuevo a la cámara, quedose sorprendido al ver que su puesto estaba ocupado por Andrés Vasling, que en aquellos momentos derretía varios trozos de grasa en una cazuela.

-Estaba yo aquí antes que usted -dijo con acritud Penellán a Andrés Vasling-. ¿Por qué ha ocupado mi puesto?

-Por la misma razón que le induce a reclamarlo: porque necesito preparar la cena.

-Quite de ahí todo eso inmediatamente, si no quiere que nos veamos las caras.

-No nos veremos nada, y haré mi cena a pesar de usted.

-No la probará -replicó Penellán acometiendo a Andrés Vasling.

Éste empuñó su cuchillo gritando:

-¡A mí los míos!

Estos acudieron inmediatamente, armados de pistolas y puñales. Sin duda alguna, el golpe había sido premeditado.

Penellán acometió a Andrés Vasling, que le hizo frente sin la ayuda de nadie, en tanto que sus cómplices corrieron hacia las camas de Misonne, Turquiette y Nouquet.

Éste último, indefenso y extenuado por la enfermedad, fue víctima de la ferocidad de Herming.

El carpintero abandonó precipitadamente el lecho en que yacía, se apoderó de un hacha y salió al encuentro de Aupic.

Turquiette y Jocki luchaban entre sí encarnizadamente, y Gervique y Grandlin, postrados por horribles sufrimientos, ni aun se dieron cuenta de lo que ocurría.

Herming, después de asestar una terrible puñalada a Pedro Nouquet en el costado, se lanzó contra Penellán, que luchaba furiosamente con Andrés Vasling.

Éste tenía agarrado al timonel por el cuerpo; pero cuando empezaron a reñir, la cazuela en que el segundo del bergantín estaba preparando la cena, se había derramado sobre la lumbre, y la grasa, al quemarse, impregnaba la atmósfera de emanaciones infectas.

María, al oír el ruido de la lucha, se levantó también, lanzando gritos de desesperación, y corrió desalentada hacia la cama en que el anciano Juan Cornbutte estaba agonizando.

Andrés Vasling, menos fuerte que Penellán, sintió que sus brazos eran vigorosamente rechazados por los de éste; pero ninguno de los dos podía hacer uso de las armas, porque estaban demasiado juntos.

-¡A mí, Herming! -gritó el segundo del barco, al ver a su cómplice.

-¡A mí, Misonne! -gritó también Penellán.

Pero Misonne no podía acudir en auxilio del timonel, porque en aquel momento rodaba sobre el puente del bergantín, abrazado a Aupic, que trataba de herirlo con la cuchilla.

El hacha que esgrimía el carpintero era arma poco a propósito para la defensa, porque en la situación en que se encontraban los combatientes, no se podía manejar, y a Misonne le costaba mucho trabajo eludir las puñaladas que su adversario le asestaba.

La sangre no cesaba de correr, y los marineros de uno y otro bando no dejaban de proferir gritos y rugidos.

Turquiette, después de ser derribado por Jocki, que era un hombre de fuerzas hercúleas, había recibido una puñalada en un hombro y pugnaba inútilmente por apoderarse de una pistola que el noruego tenía en el cinto; pero le era imposible moverse, porque su enemigo, lo apretaba como un torno.

Al grito de Andrés Vasling, a quien Penellán apretaba contra la puerta de entrada, acudió Herming. Éste pretendió herir con su cuchillo al bretón por la espalda, pero en el momento de asestar el golpe, recibió un vigoroso puntapié que lo hizo rodar por el suelo.

El esfuerzo realizado por el timonel permitió a Andrés Vasling desasir su brazo derecho; pero, cediendo en aquel momento la puerta en que uno y otro se apoyaban, cayó de espaldas el segundo del bergantín.

De pronto, oyóse un rugido terrible y apareció un oso gigantesco en las gradas de la escalera.

Andrés Vasling, que no estaba a cuatro pasos de él, fue el primero que vio al animal. Sonó entonces una detonación, y el oso, herido o espantado, retrocedió; pero fue perseguido por Andrés, que acababa de levantarse y que, en aquel instante, se olvidó de Penellán.

El timonel volvió a colocar en su sitio la puerta que acababa de caerse y miró en torno suyo Misonne y Turquiette, fuertemente atados por sus enemigos, habían sido arrojados a un rincón y hacían vanos esfuerzos por romper sus ligaduras. Penellán se apresuró a socorrerlos; pero antes de conseguirlo, fue derribado por los dos noruegos y Aupic.

Sus fuerzas, ya agotadas, no le permitían resistir a aquellos tres hombres, que también le ataron para impedir que se moviera.

Luego corrieron los criminales hacia el puente, donde, juzgando por los gritos que profería Andrés Vasling, creyeron que éste estaba luchando

con Luis Cornbutte; pero vieron que combatía con un oso, al que había asestado ya dos puñaladas.

La fiera, agitando sus dos formidables patas delanteras en el aire, trataba de apresar a Andrés Vasling, que poco a poco había ido estrechándose contra la borda. Ya se consideraba perdido cuando sonó el ruido de otra detonación.

Andrés Vasling levantó entonces la cabeza y vio a Luis Cornbutte, que estaba encaramado sobre el palo trinquete, desde donde había hecho el disparo, dejando muerto al oso.

La generosidad de Luis Cornbutte no fue agradecida por el miserable Vasling, en cuyo corazón prevaleció el odio; pero antes de desahogar su cólera, miró en torno suyo, quizá para convencerme de que era el más fuerte.

Aupic, a quien un oso había roto de una patada la cabeza, yacía sin vida sobre el
puente. Jocki, con el hacha en la mano, se esforzaba por parar los golpes que le asestaba el mismo animal, furioso por las dos puñaladas que había recibido. El tercer oso se dirigía a la proa del bergantín.

Andrés Vasling, sin hacer caso de esta tercera fiera y seguido por Herming, acudió en socorro de Jocki, que, apretado fuertemente por las patas del animal, estaba despedazado.

Cuando el plantígrado, muerto por los disparos que con sus pistolas le hicieron Andrés Vasling y Herming, aflojó las patas y soltó el cuerpo de Jocki, éste era cadáver.

-Ya sólo quedamos dos -dijo Andrés Vasling con voz apagada por la cólera-; pero no sucumbiremos sin habernos vengado.

Herming no respondió, pero volvió a cargar su pistola.

Era preciso, ante todo, exterminar al tercer oso.

Andrés Vasling miró hacia delante y no vio al animal, pero al levantar luego la vista, lo distinguió trepando por los flechastes en persecución de Luis Cornbutte.

El miserable Vasling, cuyo rostro reflejaba la más feroz alegría, dejó caer el fusil con que iba a apuntar al animal.

-¡Ah! -exclamó-. ¡Me debías este desquite!

Mientras tanto, Luis Cornbutte, con admirable serenidad, le apuntó al corazón.

Andrés Vasling, al ver esto, volvió a tomar su fusil para matar a Luis Cornbutte, si llegaba a caer el oso.

El capitán del bergantín disparó, efectivamente, pero, sin duda, no tocó al animal, porque éste saltó a la cofa, haciendo mover todo el palo.

Andrés Vasling prorrumpió en una carcajada de alegría feroz.

-¡Herming! -gritó-, ¡Tráeme a María! ¡Tráeme a mi prometida!

Herming, obedeciendo al punto, bajó la escalera de la cámara.

Mientras tanto, la fiera, enfurecida, habíase lanzado sobre Luis Cornbutte, que se retiró a un extremo de la cofa, y en el momento en que la formidable pata del animal iba a caer sobre su cabeza, se apoderó el marinero de un brandal y, por él, se deslizó hasta el puente. Durante el descenso, silbó una bala en sus oídos. El infame Vasling le había disparado su fusil, pero había errado la puntería. ¡Dios vela siempre por los buenos!

El capitán y el segundo del bergantín se encontraron, por consiguiente, frente a frente, y ambos empuñaban sus cuchillos. Iba a entablarse un combate, que debía ser decisivo.

Para satisfacer por completo su venganza, haciendo que María presenciara la muerte de su prometido, Andrés Vasling se había privado del auxilio de Herming, a quien había enviado a buscar a la joven. No podía, por lo tanto, contar sino consigo mismo.

Luis Cornbutte y Andrés Vasling entablaron en seguida la lucha, agarrándose mutuamente por el cuello, de tal modo que a uno y a otro les era imposible retroceder. Uno de los dos debía morir.

Como estaban agarrados, sólo podían parar a medias las cuchilladas que se asestaban, y la sangre de ambos no tardó en correr. Andrés Vasling hacía esfuerzos inauditos por derribar a su adversario; pero como Luis Cornbutte sabía que el que de ellos cayera sería hombre muerto, se debatió con tal coraje que consiguió agarrar a su enemigo por ambos brazos, pero, obtenido esto, se le cayó de la mano el cuchillo que empuñaba.

En aquel momento llegaron a sus oídos los gritos horribles que profería María, quien pugnaba en vano por desasirse de Herming, que trataba de arrastrarla.

Luis Cornbutte, presa de una rabia feroz, hizo entonces un esfuerzo supremo por derribar a su adversario, pero ambos se vieron, a la vez, apretados entre las formidables patas del oso que había descendido de la cofa arrojándose sobre ellos.

Andrés Vasling estaba apoyado contra el cuerpo de la fiera, cuyas uñas penetraban en las carnes de Luis Cornbutte. El oso apretaba a ambos en su abrazo vigoroso,

-¡A mí, Herming! ¡A mí! -gritó Vasling.

-¡A mí, Penellán! -gritó, a su vez, Cornbutte.

Oyéronse entonces pasos en la escalera, y apareció Penellán, con la pistola en la mano.

El timonel se acercó al oso y le disparó en un oído.

La fiera lanzó un rugido de dolor, abrió un momento las patas, y este momento bastó a Luis Cornbutte para deslizarse sobre el puente, desasiéndose del abrazo del plantígrado.

El oso, en la convulsión de la agonía, volvió en seguida a apretar las patas, y cayó

arrastrando consigo al infame Andrés Vasling, que quedó despedazado.

Penellán se apresuró a socorrer a Luis Cornbutte, que, sin ninguna herida grave, había perdido momentáneamente el sentido.

-¡María! -exclamó al abrir de nuevo los ojos.

-¡Salvada! -contestó el timonel, que agregó-: Herming está ahí tendido con una cuchillada en el vientre.

-¿Y los osos?

-Muertos, como nuestros enemigos; pero puede asegurarse que, sin la oportuna intervención de las fieras, seríamos nosotros los que habríamos sucumbido. Sin duda alguna, la Providencia envió estos animales en auxilio nuestro. ¡Bendigamos a Dios, que se ha complacido en socorrernos!

Luis Cornbutte y Penellán descendieron a la cámara, donde María, profundamente conmovida, se arrojó en brazos de su prometido.

CAPITULO XVI
CONCLUSIÓN

Misonne y Turquiette, que habían logrado romper las ligaduras que los sujetaban, transportaron a Herrning, mortalmente herido, a su cama. Como este miserable se encontraba ya en la agonía y todo auxilio habría sido ineficaz, los dos marineros se ocuparon en socorrer a Pedro Nouquet, cuya herida no era grave, por fortuna.

Pero Luis Cornbutte era víctima de una desgracia mayor. Su amante y bondadoso padre no daba señal alguna de vida. ¿Habría dejado de existir con la angustia de vera su cariñoso hijo en manos de sus enemigos? ¿Había muerto ante el horror de la terrible escena? No se sabe. Lo cierto fue que el infortunado marino, agotado por la enfermedad, había abandonado ya este mundo miserable, entregando su alma a Dios.

Este golpe inesperado ocasionó una profunda desesperación a Luis Cornbutte y a María, quienes, arrodillados junto al lecho del difunto, rogaron a Dios con tanta piedad como desconsuelo por el eterno descanso del alma de su padre.

Penellán, Misonne y Turquiette, respetando el dolor de los jóvenes, los dejaron solos en la cámara y subieron al puente del bergantín.

Los tres osos muertos quedaron apartados para desollarlos cuando hubiera tiempo, con el fin de aprovechar las pieles; pero no la carne, de la que, por haber disminuido mucho el número de personas que tenían que alimentarse, no había necesidad.

Los cadáveres de Andrés Vasling, Aupic y Jocki fueron sepultados en una fosa que se abrió en la costa, y al día siguiente fue a hacerles compañía el de Herming. Este murió por la noche, sin haberse arrepentido de sus maldades, con la espuma de la cólera en los labios.

Penellán, Misonne y Turquiette compusieron el toldo del puente, que había sido rasgado por varios puntos, y lo volvieron a colocar para impedir que penetrase la nieve.

La temperatura era extremadamente fría, y así se mantuvo hasta que el 8 de enero volvió a aparecer el sol en el horizonte.

El anciano marino Juan Cornbutte quedó enterrado en la costa. Había abandonado su patria para ir en busca de su hijo y había encontrado la muerte en aquel clima inhospitalario y horrible. Su cadáver fue sepultado en la cima de un montículo, sobre el cual se colocó una sencilla cruz de madera para que velase su sueño eterno.

Los sufrimientos de Luis Cornbutte y de sus compañeros no habían terminado, sin embargo, pues las inclemencias del tiempo continuaron sometiéndolos a pruebas muy rudas. Esto no obstante, como recobraron los limones sustraídos por Vasling, pronto se encontraron bien de salud.

Quince días después de tan terribles acontecimientos, pudieron abandonar la cama y hacer algún ejercicio; Gervique, Grandlin y Pedro Nouquet, y la caza, fácil y abundante, no tardó en ser la distracción de los invernadores, pues las aves acuáticas volvían en considerable número a aquel país tan lejano.

Un día mataron una especie de pato salvaje enorme, que proporcionó a los marinos excelente alimento. En sus excursiones, no tuvieron que lamentar los cazadores otra pérdida que la de los dos perros, que desaparecieron en una ocasión en que los marinos se habían alejado veinticinco millas del bergantín, hacia el Sur, para ver en qué estado se encontraba la llanura del hielo.

Durante el mes de febrero se desencadenaron tempestades muy violentas y nevó abundantemente; pero estos fenómenos no hicieron sufrir mucho a los invernantes, a pesar de que la temperatura media que reinó fue de veinticinco grados bajo cero. Además, la presencia del sol, que cada día se elevaba más en el horizonte, les inundaba el alma de alegría, porque era el anuncio del término de sus angustias. Debía creerse que el cielo misericordioso, compadecido de ellos, les enviaba aquel año el calor prematuramente.

En el mes de marzo, fueros vistos algunos cuervos revoloteando en torno al bergantín, y Luis Cornbutte cazó algunas grullas que, en su peregrinación a los países septentrionales, llegaron hasta allí. También se dejaron ver, hacia el Sur, algunas bandadas de gansos salvajes.

Este regreso de las aves revelaba disminución del frío; pero los marineros no confiaban mucho en este anuncio, porque de vez en cuando un cambio cualquiera de viento hacía bajar de pronto tanto la temperatura, especialmente en los novilunios y plenilunios, que se veían obligados a adoptar grandes precauciones para resguardarse.

Ya era tiempo de que terminase la invernada, porque los tripulantes del bergantín habían quemado, para calentarse, todo el parapeto del barco, los tabiques de los camarotes en que no habitaban y gran parte del falso puente. Por fortuna, durante el mes de marzo, la temperatura media fue de dieciséis grados bajo cero, que, comparada con la que hasta entonces habían tenido que soportar los invernantes, era bastante sufrible.

María se ocupó en preparar los trajes de todos para la próxima estación de verano, que aquel año fue, como ya se ha dicho, muy precoz.

Desde el equinoccio el sol estaba constantemente sobre el horizonte. Había comenzado el día de ocho meses, y la claridad perpetua y el calor incesante, a pesar de ser muy débiles, no tardaron en ejercer influencia sobre el hielo.

Se necesitaba adoptar grandes precauciones para lanzar La Joven Audaz desde lo alto de los bloques de hielo que lo rodeaban al mar libre. El bergantín, por consiguiente, fue sólidamente apuntalado, y pareció conveniente esperar que los hielos empezaran a licuarse; pero como los témpanos inferiores descansaban sobre una capa de agua más caliente, iban desprendiéndose poco a poco y el bergantín iba descendiendo insensiblemente. En los primeros días de abril había ya recobrado su nivel natural.

Con el mes de abril llegaron las lluvias torrenciales que, esparcidas sobre la helada planicie, contribuyeron eficazmente a su descomposición. El termómetro subió a diez grados bajo cero. Algunos invernantes se quitaron sus trajes de piel de foca y no fue ya necesario tener encendida la estufa día y noche. El alcohol, cuya provisión no se había agotado, se empleó solamente desde entonces, para cocer los alimentos.

Pronto empezó el hielo a quebrarse con sordos crujidos, abriéndose en la planicie grandes grietas, por lo que era peligroso aventurarse en ella sin ir provisto de un palo para sondear el sitio en que iba a ponerse el pie, si no se quería caer al agua, como ocurrió a algunos marineros, que tuvieron la suerte de no recibir otro daño que un baño algo frío.

Las focas hicieron su aparición en esta época, y los tripulantes del bergantín se apresuraron a darles caza, porque su grasa les era muy útil.

La salud de todos era excelente, y todos se ocupaban en hacer preparativos necesarios para la partida. El tiempo que no se dedicaba a estos trabajos se empleaba en cazar.

Luis Cornbutte, que salía con frecuencia a examinar los pequeños canales que el deshielo abría, resolvió, a causa de la configuración de la costa meridional, intentar el paso más al Sur. Ya se había roto el hielo en diferentes puntos, y los carámbanos flotaban sobre el agua dirigiéndose a alta mar.

El 25 de abril fue puesto el bergantín en estado de abandonar la bahía.

Al sacar las velas de sus fundas, se vio que estaban perfectamente conservadas, y cuando, colocadas en sus palos respectivos, fueron mecidas por el viento, el corazón de los marinos se inundó de alegría.

El bergantín se estremeció, pues había recobrado ya su línea de flotación, y, aunque no podía navegar aún, reposaba en su elemento natural.

En el mes de mayo, el hielo se licuó rápidamente. La nieve que cubría las orillas se fundía por todos lados formando un barro espeso que hacía la costa casi inabordable. Por entre los restos de la nieve asomaban tímidamente algunas pequeñas plantas, rosadas y pálidas, que parecían sonreír al recibir las caricias del sol. El termómetro subió, al fin, por encima de cero.

A veinte millas, del bergantín, al Sur, los témpanos de hielo, completamente sueltos, navegaban hacia el océano Atlántico, y aunque el mar no estaba aún completamente libre en torno del navío, se abrieron algunos pasos que Luis Cornbutte quiso aprovechar.

Éste, después de rezar por última vez sobre la tumba de su padre, abandonó por fin la bahía de invernada el 21 de mayo. Al emprender el viaje de regreso, el corazón de aquellos bravos marinos rebosaba de alegría, al mismo tiempo que de tristeza, porque las almas nobles no abandonan sin pesar los lugares donde han visto morir a un amigo.

El viento, que soplaba del Norte, favoreció la marcha del bergantín, que a veces se vio detenido por bancos de hielo, que hubo necesidad de aserrar y, en ocasiones, hacerlos volar con barrenos.

Durante un mes, la navegación fue muy peligrosa aún, llegando a verse el bergantín a dos dedos de su perdición, pero como la tripulación era atrevida y estaba acostumbrada a las maniobras más arriesgadas, todos los obstáculos fueron salvados.

Penellán, Pedro Nouquet, Turquiette y Fidel Misonne hacían, ellos solos, el trabajo de diez marineros, pero sus esfuerzos era ampliamente recompensados con las sonrisas de gratitud que María les dirigía a todos. La Joven Audaz viose, al fin, completamente libre de hielos a la altura de la isla Juan Mayen, y el 25 de junio encontró algunos buques que se dirigían al Norte para cazar focas y ballenas. Había necesitado casi un mes para salir de los mares polares.

El 16 de agosto se encontraba de nuevo La Joven Audaz a la vista de Dunkerque.

Había sido señalado por el vigía, y toda la población acudió en masa al muelle para recibirla.

Los valerosos marineros del bergantín cayeron pronto en brazos de sus amigos, y el anciano cura estrechó contra su corazón a Luis Cornbutte y a María.

De las dos primeras misas que, después de esto, rezó el bondadoso sacerdote, la primera fue aplicada por el eterno descanso del alma de Juan Cornbutte, y en la segunda fue bendecida la unión de los dos jóvenes prometidos, que desde hacía ya mucho tiempo habían sido unidos por la desgracia.